CUADERNOS DE HISTORIA HABANERA
Dirigidos por
Emilio Roig de Leuchsenring
Historiador de la Ciudad de la Habana
26

VIDA Y PENSAMIENTO DE FELIX VARELA

II

SIGNIFICACION LITERARIA DE VARELA,
por José Antonio Portuondo.

VARELA PEDAGOGO,
por Diego González.

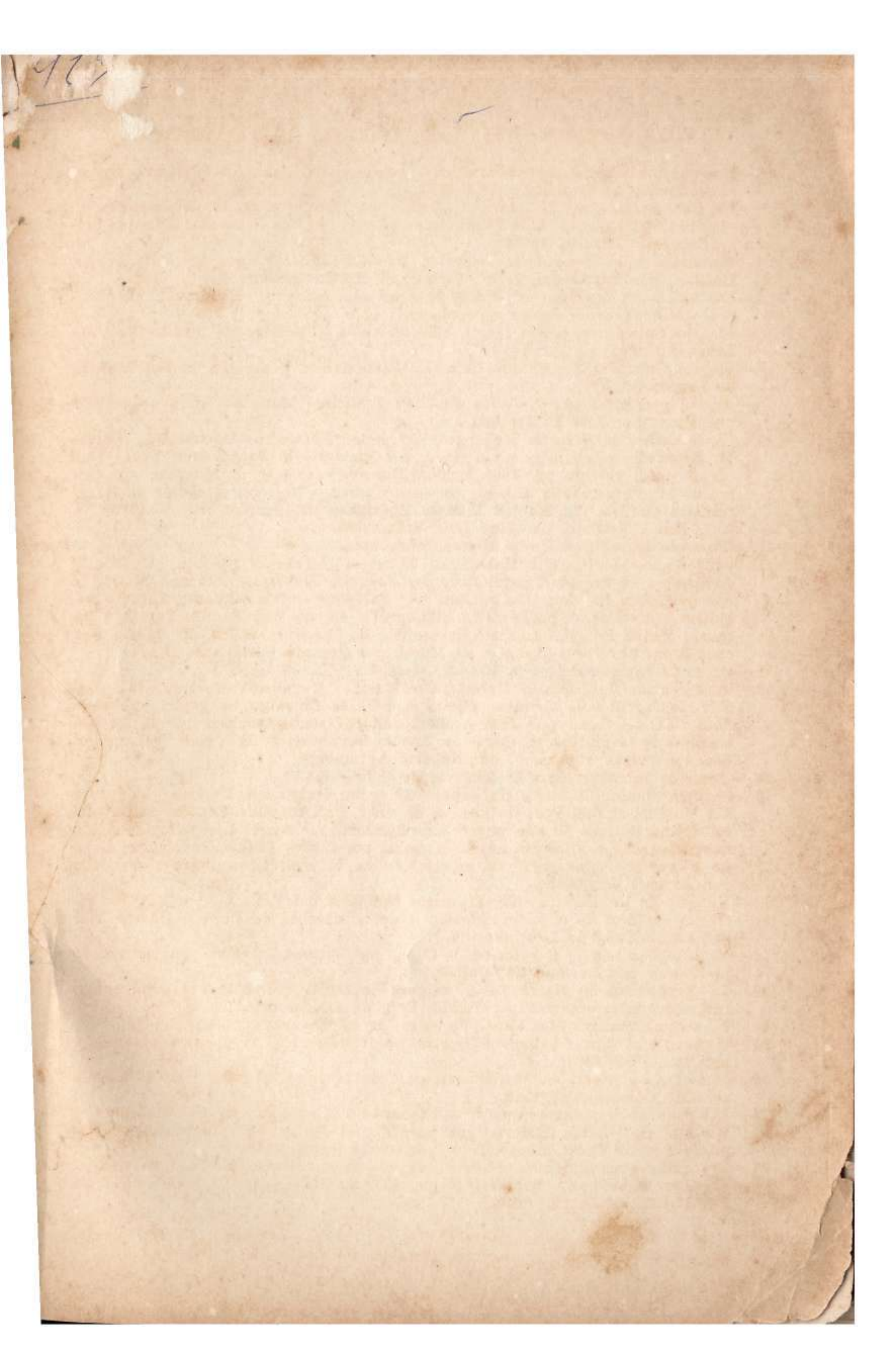
VARELA REVOLUCIONARIO,
por Enrique Gay-Calbó.



MUNICIPIO DE LA HABANA
Administración del Alcalde
Dr. Raúl G. Menocal
1944

Cuadernos de Historia Habaner...

1.—Homenaje al ilustre habanero Pbro. José Agustín Caballero y Rodríguez en el centenario de su muerte. 1835-1935.
2.—La Habana antigua: La plaza de Armas, por **Emilio Roig de Leuchsenring.**
3.—Claudio José Domingo Brindis de Salas (El Rey de las Octavas). Apuntes biográficos, por **Nicolás Guillén.**
4.—Homenaje a la Benemérita Sociedad Económica de Amigos del País de La Habana, por **Adrián del Valle.** Prólogo de **Fernando Ortiz.**
5.—Las calles de La Habana. Bases para su denominación. Restitución de nombres antiguos, tradicionales y populares.
6.—Ideario Cubano: I.—José Martí. (Recopilación y prólogo de **Emilio Roig de Leuchsenring**).
7.—Ideario Cubano: II.—Máximo Gómez. (Recopilación y prólogo de **Emilio Roig de Leuchsenring**).
8.—Autobiografía, cartas y versos de **Juan Francisco Manzano.** (Con un estudio preliminar por **José L. Franco**).
9.—Conferencias de Historia Habanera.—1ª serie: Habaneros Ilustres.—I. Nicolás M. Escovedo, el ciego que vió claro, por **Emeterio S. Santovenia;** Pozos Dulces, el inútil vidente, por **José Antonio Ramos;** Rafael M. de Mendive, el maestro de Martí, por **Félix Lizaso;** Anselmo Suárez y Romero, el cantor de la naturaleza guajira, por **Manuel I. Mesa Rodríguez;** El compositor y pianista Nicolás Ruiz Espadero, por **José Luis Vidaurreta.**
10.—Curso de Introducción a la Historia de Cuba.—I.
11.—Conferencias de Historia Habanera.—1ª serie: Habaneros Ilustres.—II. Miguel Aldama, o la dignidad patriótica, por **Joaquín Llaverías;** Lorenzo Meléndez, o el negro en la educación cubana, por **Salvador García Agüero;** Antonio Bachiller y Morales, el padre de la bibliografía cubana, por **Fermín Peraza y Sarausa;** Felipe Poey, el máximo naturalista de Hispanoamérica, por **Mario Sánchez Roig;** Muerte y exequias de Martí, por **Gerardo Castellanos G.**
12.—Curso de Introducción a la Historia de Cuba.—II.
13.—Conferencias de Historia Habanera.—1ª serie: Habaneros Ilustres.—III. José Silverio Jorrín o la timidez política, por **Elías Entralgo;** Angustia y evasión de Julián del Casal, por **José A. Portuondo;** Vicente Escobar, uno de los precursores de la pintura en Cuba, por **Evelio Govantes;** Félix Varela, "el primero que nos enseñó a pensar", por **Roberto Agramonte.**
14.—Curso de Introducción a la Historia de Cuba.—III.
15.—Conferencias de Historia Habanera.—1ª serie: Habaneros Ilustres.—IV. Antonio Medina, el Don Pepe de la raza de color, por **Angelina Edreira de Caballero;** Juana Borrero, la adolescente atormentada, por **Angel I. Augier;** José Manuel Mestre. La Filosofía en La Habana, por **Carlos Rafael Rodríguez;** Arango y Parreño. Ensayo de interpretación de la realidad económica de Cuba, por **Enrique Gay-Calbó.**
16.—Heredia en La Habana, por **Francisco González del Valle.**
17.—Hostos, apóstol de la independencia y de la libertad de Cuba y Puerto Rico, por **Emilio Roig de Leuchsenring.**
18.—Morales Lemus y la Revolución de Cuba, por **Enrique Piñeyro.** (Con un estudio preliminar por **Enrique Gay-Calbó**).
19.—La Revolución de Martí, 24 de febrero de 1895. (Con notas para un ensayo biográfico-interpretativo por **Emilio Roig de Leuchsenring**).
20.—El sesquicentenario del Papel Periódico de la Havana. 1790-1940.
21.—Homenaje al ilustre habanero Nicolás José Gutiérrez en el cincuentenario de su muerte. (1890-1940).
22.—Homenaje a Martí en el cincuentenario de la fundación del Partido Revolucionario Cubano. 1892-1942.
23.—Los grandes movimientos políticos cubanos en la colonia. 1.—Colonialismo, por **Enrique Gay-Calbó;** Reformismo, por **Miguel Jorrín;** Anexionismo, por **Herminio Portell Vilá;** Autonomismo, por **Mario Guiral Moreno.**
24.—Los grandes movimientos políticos cubanos en la colonia. 2.—Independentismo. I.—Movimientos anteriores a 1868, por **Manuel Bisbé.** II.—De 1868 a 1901, por **Emilio Roig de Leuchsenring.**
25.—Vida y Pensamiento de Félix Varela. I.—Varela, más que humano, por **Francisco G. del Valle;** Valoración filosófica de Varela, por **Miguel Jorrín;** Posición filosófica de Varela, por **Antonio Hernández Travieso.**



Donativo. 1.60

CUADERNOS DE HISTORIA HABANERA

26

VIDA Y PENSAMIENTO DE FELIX VARELA

II

CUADERNOS DE HISTORIA HABANERA
Dirigidos por
Emilio Roig de Leuchsenring
Historiador de la Ciudad de la Habana
26

VIDA Y PENSAMIENTO DE FELIX VARELA

II

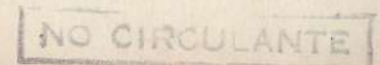
SIGNIFICACION LITERARIA DE VARELA,
por José Antonio Portuondo.

VARELA PEDAGOGO,
por Diego González.

VARELA REVOLUCIONARIO,
por Enrique Gay-Calbó.



MUNICIPIO DE LA HABANA
Administración del Alcalde
Dr. Raúl G. Menocal
1944



Significación Literaria de Varela

por José Antonio Portuondo

UN ESCRITOR OLVIDADO.

El escritor Félix Varela es una víctima de su propia biografía. Se superponen siempre, en la consideración de sus méritos, los patrióticos y los filosóficos, el reconocimiento de su esfuerzo reformador en el campo de los estudios superiores, impidiéndonos apreciar cabalmente sus valores literarios. Varela es así, al par que conocido—más o menos bien conocido—como filósofo y maestro, un escritor olvidado, o, por mejor decir, desconocido. Porque este olvido de lo literario en la obra de Varela no es cosa nueva, sino que ya lo padecieron sus contemporáneos, demasiado interesados entonces en el valor social inmediato de su esfuerzo para detenerse a considerar sus bondades expresivas. Y cuando se hizo hincapié en lo literario fué, como en el caso del paralelo con Cernadas, para destacar lo menos relevante de sus producción: sus trabajos oratorios. Acaso sea Luz y Caballero el que más dijo en aquel tiempo de su condición de escritor, pero sin insistir demasiado en este punto. Alfonso Reyes podría explicar el fenómeno diciendo que en Varela la literatura fué esencialmente "ancilar", puesta toda al servicio de un propósito de creación social cuya importancia se encimó y se impone todavía al puro arte, impidiéndonos apreciar en toda su importancia la significación de Varela en nuestras letras.

No vamos, sin embargo, en esta oportunidad a "descubrir" al escritor Félix Varela; ni siquiera examinaremos en su totalidad lo que ha dejado escrito, porque prescindiremos de intento de su producción en latín, que elogiara Luz y Caballero, y de sus artículos y ensayos en inglés, en los cuales, según José Ignacio Rodríguez,

lo mismo que en todos los otros suyos en castellano, predominaron siempre las cualidades de la claridad en el lenguaje, y de la seve-

ridad del raciocinio lógico en los argumentos. Siempre sabiendo bien lo que decía, y nunca extraviado por indiscreto celo, ni por pasiones de ningún género, su palabra corría tersa y abundante, sin dificultad alguna, y se encaminaba derechamente a lo interior de los espíritus, para extirpar errores, sembrar profundas convicciones, o robustecer las adquiridas (1).

Nos interesa sólo destacar la significación de Varela en nuestras letras, su valor como escritor cubano, el primero de nuestros ensayistas, cuyo ejemplo de apasionada sobriedad se impone con urgencia creciente en esta hora, como la que él vivió, de transición.

Varela fué, esencialmente, un hombre de transición, plantado entre dos épocas históricas, entre dispares mundividencias: el siglo XVIII criticista y neoclásico y el siglo XIX apasionado y romántico. De ambas actitudes vitales hay huellas en su obra, caracterizada por un apasionado criticismo. Situado entre una edad de fríos pensadores y un tiempo de artistas apasionados, él fué un pensador apasionado. "¡Tan cierto es—escribió—que para ser buen apasionado es preciso ser buen pensador!"

Dentro de los moldes y de los gustos del XVIII se encuentra, íntegramente, su producción oratoria. Si alguna vez, en *Oración fúnebre de Carlos IV* (2), una resonancia irónica y atrevida se filtra entre las líneas pomposas del discurso, concebido a la manera de Bossuet; y en otra oportunidad, en el sermón pronunciado "a los feligreses del Santo Cristo del Buen Viaje en la misa del Espíritu Santo, que se celebró antes de las elecciones" (3), el 25 de octubre de 1812, una clarinada política rompe la gravedad y el empaque solemne habitual de la oratoria sagrada, la nota constante en los sermones y en las oraciones fúnebres de Varela es el tono falso y erudito del siglo XVIII, lleno de citas clásicas y de la Sagrada Escritura, cargado de frases latinas, de prosopopeyas y de apóstrofes destinados a conmover, y a sorprender, al beato auditorio. El *Paralelo entre los oradores sagrados Fray Remigio Cernadas y Pbro.*

---

(1) José I. Rodríguez, *Vida del presbítero don Félix Varela*, Nueva York, 1878, p. 350.

(2) Cit. por Rodríguez, ob. cit., p. 97-100.

(3) Reproducido en los apéndies de la obra de Rodríguez, p. 44-46.

Don Félix Varela, publicado en 1842 en el *Correo de Trinidad* por *El Corresponsal Habanero* (4), es una muestra excelente de la actitud de aquel auditorio frente a esta clase de oratoria.

Pero Varela—advierte Manuel Sanguily—, sin tener precisamente una imaginación tan grande como se ha pretendido, porque más bien se distingue por el contrario, por la reflexión, por la seca energía de su estilo, era superior, por motivos diferentes, fuera del sermón eclesiástico y erudito. (5)

Lo que ocurre es que en estas otras oportunidades, como en la que significó su ingreso en la Sociedad Patriótica, el maestro se impone al orador, y el discurso no se aparta de su habitual estilo y tono didácticos, despojado adrede de galas retóricas y de citas pedantes. Otro tanto puede decirse de sus breves intervenciones en

---

(4) Reproducido en los apéndices de la obra de Rodríguez. Lo esencial del paralelo está concentrado en los párrafos siguientes:

"Entre los oradores cubanos podemos citar a Varela y el dominico Cernadas, los cuales han dado nombre a la elocuencia del púlpito. Estre estos dos sacerdotes, Cernadas es menos vehemente, pero más florido, menos sublime pero tal vez más sensible; da a la elocuencia del púlpito las riquezas de una imaginación fecunda, los atractivos de un espíritu ingenioso, las gracias del estilo, y aquella energía suave y penetrante que nace de los sentimientos tiernos unidos a las reflexiones melancólicas.

"Varela se apodera fuertemente de su asunto, lo domina, lo fecunda, y lo atrae a la altura de su genio. Ningún orador americano es dotado de una imaginación más sublime, ni de una elocuencia más impetuosa. Las ideas, las imágenes, los movimientos más imprevistos se suceden, se atropellan, arrastran la atención del oyente y ponen en movimiento todas las facultades de su alma. Ninguno habla del tiempo y de la muerte, de Dios y de la eternidad, con más fuerza y grandeza. Cernadas sabe enriquecer un asunto árido, se sostiene a la par de un asunto elevado, pero no le da una grandeza nueva: agrada al espíritu sin trastornar la imaginación: habla al corazón sin atacar a un tiempo todas las facultades intelectuales y sensibles del hombre. Hace nacer emociones dulces y dilatadas; pero no ejerce el imperio inevitable de las pasiones. Tiene menos movimientos que imágenes; juzga a los hombres como filósofo y los instruye como moralista. Ninguno es más atrevido que Varela en las formas de su estilo. Crea expresiones que tienen una suerte de inmensidad como sus pensamientos, somete la lengua a su genio, traspasa sus reglas sin ofender su delicadeza, la impone leyes, y la fuerza a tomar las formas nuevas que convienen a la audacia de sus conceptos. El dominico Cernadas no tiene expresiones originales; pero elige casi siempre la palabra propia. Su estilo es un modelo de corrección, elegancia y armonía. Se abandona mucho a la seducción de los pensamientos ingeniosos, y las antítesis que prodiga son algunas veces contrarias a la grande elocuencia. ¡Pero qué dulce y penetrante es la suya! ¡Qué brillante colorido! ¡Qué delicadeza de ideas! ¡Qué muchedumbre de reflexiones morales y edificantes! La religión en él es una madre indulgente y tierna que consuela a sus hijos y los perdona. En las imágenes de Varela es una diosa augusta y formidable, que promete a los hombres virtuosos recompensas magníficas, y amenaza y hace temblar a sus enemigos".

(5) Manuel Sanguily, *Oradores de Cuba,* t. III de sus *Obras Completas,* La Habana, 1926, p. 26.

las Cortes españolas, cada una de las cuales contiene una aguda lección de política nada distante de sus disertaciones sobre la Constitución en el Seminario de San Carlos de La Habana. No conviene, sin embargo, olvidar que el despotismo de Fernando VII y el fracaso del constitucionalismo en Cádiz señalan el ocaso del criticismo y de la *ilustración* española del siglo XVIII, en cuya órbita giran los discursos de Varela.

VARELA Y FEIJÓO.

Entre los rasgos dieciochescos presentes en la obra del P. Varela conviene destacar, con valor positivo, su *criticismo*. En este punto se impone el paralelo con el P. Feijóo. Ambos pertenecen a la clase sacerdotal, es decir, a la porción más ilustrada de la sociedad en un tiempo en que la instrucción está casi íntegramente en manos de la Iglesia; los dos, apoyados, en diverso grado, en el poder político o en el eclesiástico, se pronuncian contra el escolasticismo y sus disputas inútiles, contra el pedantismo, contra la superstición y la milagrería. Varela, que sólo una vez cita, en las *Cartas a Elpidio*, a Feijóo (6), es más radical que su antecesor español. Refiriéndose a las disputas escolásticas, "según el orden que las vemos practicar—escribió en el *Elenco de 1816*—no traen utilidad, y las ciencias no le deben nada a tantos siglos de *ergos* como han puesto nuestros doctores", advirtiendo que "en semejantes disputas uno va decidido a que sea precisamente cierto lo que defiende, y el contrario a que sea falso, de modo que ninguno va con ánimo de encontrar la verdad". Feijóo, por su parte, en el *Teatro Crítico*, había escrito antes:

> He oído y leído mil veces (mas ¿quien no lo ha oído y leído?) que el fin, si no total, primario, de las disputas escolásticas es la indagación de la verdad. Convengo en que para eso se instituyeron las disputas; mas no es ése por lo común el blanco a que se mira en ellas. Dirélo con voces escolásticas. Ese es el fin de la obra; mas no el operante. O todos o casi todos los que van a la aula, o a impugnar o a defender, llevan hecho propósito final de no ceder jamás al contrario, por buenas razones que alegue. Esto se proponen, y esto ejecutan.

---

(6) "Puedes inferir que ninguno de los galanes, o como los llamaba Feijóo, teólogos de corbata", etc. *Cartas a Elpidio, sobre la impiedad, la superstición y el fanatismo, en sus relaciones con la sociedad.* Por el Presbítero D. Félix Varela. t. I. *Impiedad.* Nueva York. En la imprenta de D. Guillermo Newell. 1835. p. 90. En el t. V, de las *Lecciones de Filosofía*, Nueva York, 1841, p. 51, se refiere Varela al "sensato Feijóo".

Varela creía "que para que semejantes disputas trajesen alguna utilidad, era preciso despojarlas de algunas prácticas" (7). Feijóo, en contraste con el latente sentido negativo que vibra en las frases del presbítero cubano, piensa que hay utilidad en las disputas:

¿Más qué?—escribe—Por eso condeno como inútiles las disputas? En ninguna manera. Hay otros motivos que las abonan. Es un ejercicio laudable de los que las practican, y un deleite honesto de los que las escuchan. . .Finalmente—añade más adelante—, el ejercicio de la disputa instruye y habilita para defender con ventajas los dogmas de la religión, e impugnar los errores opuestos a ella; y este motivo es de suma importancia (8).

En una cosa están íntegramente de acuerdo ambos escritores y es en la crítica de los pedantes. Los dos insisten, de manera especial, en el lenguaje incomprensible de quienes quieren sentar categoría de sabios sobre la oscuridad de la expresión. Feijóo, en el discurso sobre *Sabiduría aparente* del *Teatro Crítico*, había escrito:

Otros son socorridos de unas expresiones confusas, que dicen a todo, y dicen nada, al modo de los oráculos del gentilismo, que eran aplicables a todos los sucesos. Y de hecho, en todo se les parecen; pues siendo unos troncos, son oídos como oráculos. La obscuridad con que hablan es sombra que oculta lo que ignoran; hacen lo que aquellos que no tienen sino moneda falsa, que procuran pasarla al favor de la noche. Y no faltan necios que, por su misma confusión, los acreditan de doctos, haciendo juicio que los hombres son como los montes, que, cuanto más sublimes, más obscurecen la amenidad de los valles (9).

Varela dedica al "pedantismo" toda una lección, la octava, de sus *Lecciones de Filosofía*, y, entre otras razones, escribe:

Otros siempre andan en pesquisa de voces raras, para no hablar como el vulgo, y cuando están entre personas ignorantes hablan de las ciencias, para que los tengan por sabios. . .No excluiré del número de éstos—añade luego—, ni contaré entre los que por mera inconsideración hablan en términos de no ser entendidos, a

---

(7) *Doctrinas de lógica, metafísica y moral enseñadas en el Real Seminario de San Carlos de La Habana*, por el presbítero don Félix Varela, en el primer año del curso filosófico. (*Elenco de 1816*). Proposición 46. Reproducido por A. Bachiller y Morales: *Apuntes para la Historia de las Letras y de la Instrucción Pública en Cuba*. t. II., Colección de Libros Cubanos, vol. XXXV, La Habana, 1936, p. 300.

(8) *Abuso de las disputas verbales*. Discurso en el *Teatro Crítico*, reproducido en *Obras escogidas del padre Fray Benito Jerónimo Feijóo y Montenegro*. Biblioteca de Autores Españoles, t. 56, Madrid 1863, p. 429.

(9) Ob. cit., p. 79.

aquellos en quienes se nota un estudio de no decir nada en estilo vulgar, ni con frases naturales y sencillas, sino que todo su lenguaje es figurado, o por mejor decir, hinchado, aun en el trato familiar (10).

Ya en una lección anterior había observado que

el aparato científico es un buen método para cubrir necedades, Llamo aparato científico—explica enseguida—aquel aire de ma. gisterio y orden afectado, con que suelen proponerse las materias- usando muchas veces un lenguaje ininteligible y nuevo (11).

He aquí, amigos, un viejo achaque que aún padecemos y que tenía que ser, por fuerza, insufrible para hombres como Varela y Feijóo, que entendieron rectamente el saber como servicio y no como motivo de femenil coquetería o acaso como máscara encubridora de vaciedad y de ignorancia.

Ambos sacerdotes coincidieron en la crítica de la impiedad, de la superstición y de los falsos milagros. El *Teatro Crítico,* las *Cartas eruditas*, de Feijóo, están llenos de razonadas e irónicas denuncias de tales fenómenos. En las *Cartas a Elpidio*, sobre todo, Varela ha insistido también en esos temas, identificándose, sin aludirlo en más de una ocasión, estrechamente, con el criterio del benedictino. A Varela pueden aplicarse en su integridad las palabras definidoras con que Angel Valbuena Prat caracteriza a Feijóo en su excelente *Historia de la Literatura Española:*

Era un extraordinario comentador de toda novedad científica o filosófica, al mismo tiempo que un constante enemigo de los prejuicios y las supersticiones. Ante todo, en el contenido de su obra resalta el crítico, mientras que en la forma nos encontramos con un entretenido ensayista, el primer ensayista de nuestra literatura (12).

Las coincidencias y las diferencias habremos de notarlas mejor aún en el examen de sus temas perdurables.

LOS TEMAS PERDURABLES.

Tratándose de espíritus sincera y profundamente religiosos como Varela y Feijóo, es obvio que la religión cristiana, sus enemigos

(10) *Lecciones de Filosofía*, por el Presbítero don Felíx Varela. Quinta Edición correjida y aumentada por el autor. Tomo Primero. Nueva York, 1841, p. 75-76.

(11) Ob. cit. p. 46

(12) Ob. cit., t. II., Barcelona, 1937, p. 504-505.

externos e internos, las luchas confesionales, han de ser temas constantes en sus obras. Sin embargo no son éstos los más perdurables. La tesis de ambos pensadores católicos, sin haber declinado para los suyos, han perdido, por lo menos actualidad, sin que esto quiera decir que hayan desaparecido totalmente los inconvenientes de la intolerancia y del fanatismo que ambos denunciaron. Si quienes se dicen en nuestra tierra católicos lo fueran de veras y, además, profundamente cubanos, su lealtad a los sabios consejos de Varela —muerto, según católicos responsables, "en olor de santidad"— no habría permitido el desarrollo y el poder del clero falangista y reaccionario que persiguió a Varela durante su vida esforzada de apóstol en los Estados Unidos y le ignoró después de muerto mientras gestionaba la beatificación de hombres odiosos al sentimiento cubano, como el arzobispo Claret. La vida y la obra de Varela constituyen la más constante y elocuente denuncia de quienes enmascaran en pretextos religiosos una actitud social y política antiliberal y reaccionaria. Hoy como en los días de Espada, calumniado también por los católicos reaccionarios de su tiempo, Varela está con los *liberales* y contra los *serviles.* En las *Cartas a Elpidio* ha dejado escrito:

> Ojalá fueran todos los eclesiásticos liberales. Pero de los que pretenden serlo muchos son *libertinos,* y otros fundan su liberalismo en una debilidad inicua por la cual hacen las más infames concesiones, sacrificando a veces la doctrina evangélica, sólo por granjearse el aprecio del mundo (13).

Estas son las palabras del P. Varela y, aun podemos añadir con certera frase popular como otras que él usó y amara tanto, "al que le venga el sayo, que se lo ponga".

Los temas perdurables de la crítica en Varela, como en Feijóo, hay que ir a buscarlos en el planteamiento de cuestiones sobre el concepto mismo de la crítica, sobre la autoridad, el valor de la experiencia, las reglas y la imitación en el arte, la naturaleza del lenguaje ,etc., aquellos, en fin, que trascendiendo las preocupaciones inmediatas de su siglo, conservan a través del tiempo su frescura y entroncan con discusiones contemporáneas. Refiriéndose al *concepto de la crítica,* Varela sostiene, en sus *Lecciones de Filosofía,* que el vulgo filosófico se persuade que la crítica es el arte de impugnar

(13) *Cartas a Elpidio,* t. I, p. 153.

mordazmente, cuando no es sino *una colección de observaciones para formar juicios de los hechos históricos, de los libros, sus diversas lecciones, sentido y autores*, como enseña el sabio Honorato de Santa-María (14).

Feijóo parece más desenfadado y radical en este punto, cuando escribe:

Hablando con propiedad, no hay arte crítica, ni reglas de este arte. Lo que se llama crítica no es arte, sino naturaleza. Un buen entendimiento, justo, cabal, claro y perspicaz, es quien constituye un buen crítico. El sujeto dotado de él, como por otra parte esté bien enterado de los materiales de que consta el asunto sobre que se ha de hacer crisis, sin estudio de algún arte particular que le dirija a la crisis, la hará excelente; esto es, hará *juicio recto* de lo que se debe afirmar, negar o dudar de aquella materia; y el que carezca de esta buena disposición intelectual, por más que estudie en la *crítica*, sólo por accidente podrá acertar (15).

Armados con estos conceptos coincidirán alguna vez Varela y Feijóo en sus apreciaciones, como ocurre cuando ambos juzgan el discurso de Rousseau sobre *Si el restablecimiento de las ciencias y las artes ha contribuído a rectificar las costumbres.* Feijóo se ocupa de él en sus *Cartas eruditas*, afirmando:

Yo me imagino que el autor no creía lo mismo que intentaba persuadir. A más me avanzo; acaso ni pretendía que otros le creyesen.—¿Pues cuál sería su intento?—Quería que creyesen que era muy ingenioso, viendo que tenía habilidad para hacer probable una extravagante paradoja, lo que con ese mérito solo nunca logrará conmigo; porque no tengo ni tendré jamás por hombre de buen entendimiento al que en lo que escribe o discurre no aspira a descubrir la realidad de las cosas. (16).

Varela, en el tomo I de las *Cartas a Elpidio*, apoyándose en las *Memorias* de Marmontel, sostiene que Rousseau escribió el discurso aludido por una sugerencia de Diderot, movido únicamente por el afán de singularizarse (17).

---

(14) Ob. cit., p. 67

(15) *De la crítica*, en las *Cartas eruditas*, ob. cit., p. 598.

(16) *Ventajas del saber. Impúgnase un temerario, que a la cuestión propuesta por la Academia de Dijon, con premio al que la resolviese con más acierto, "si la ciencia conduce o se opone a la práctica de la virtud"; en una disertación pretendió probar ser más favorable a la virtud la ignorancia que la ciencia.* ob. cit. p. 581-590.

(17) Ob. cit., carta quinta, p. 129-132.

Es curioso que en toda su "carta" aludida no mencione Feijóo a Rousseau a pesar de que, por fuerza, tenía que saber el nombre del autor criticado. Sin duda actuó en aquella oportunidad, poderosamente, algún escrúpulo en el alma del buen fraile, demasiado respetuoso de las disposiciones eclesiásticas que execraban hasta el nombre de los enciclopedistas y sus amigos. Su acatamiento de la autoridad de la Iglesia no le permite ir más allá de Bacon, a quien elogia continuamente, o de Locke. No acepta en su totalidad a Descartes, y, sobre todo, advierte con prudencia que no pretende innovar:

> Cuanto dijere en los discursos que se siguen—previene en el discurso XI del tomo VII de su *Teatro crítico*—,no quiero que tenga otra fuerza o carácter que el de humilde representación hecha a todos los sabios de las religiones y universidades de nuestra España. No se me considere como un atrevido ciudadano de la república literaria, que satisfecho de las propias fuerzas, y usando de ellas, quiere reformar su gobierno, sino como un individuo celoso, que ante los legítimos ministros de la enseñanza comparece a proponer lo que le parece más conveniente, con el ánimo de rendirse en todo y por todo a su autoridad y juicio. . . Aun si viese yo—añade más adelante—que mi dictamen en esta parte era singular, no me atreviera a proferirle en público; antes me conformaría con el universal de los demás maestros y doctores de España, así como en la práctica de la enseñanza los he seguido todo el tiempo que me ejercité en las tareas de la escuela, por evitar algunos inconvenientes que hallaba en particularizarme.

Cómo pecan de cautas y hasta de cobardes estas palabras de Feijóo, cuando se las compara con la constante acción renovadora de Varela, que en el prólogo al tomo I de sus *Cartas a Elpidio* afirma valerosamente:

> No creo haber ofendido a ninguna persona determinada, pero no ha sido posible prescindir de dar algunos palos a ciertas clases. Quisiera que hubieran sido más flojos; pero estoy hecho a dar de recio y se me va la mano. . . Preveo—añade más adelante—que este *avechucho* puede acarrearme algunos enemigos, pero es familia a cuyo trato me he habituado, pues hace tiempo que estoy como el yunque siempre bajo el martillo. Vivo sin embargo muy tranquilo pues, como escribía yo a un amigo, el tiempo y el infortunio han luchado con mi pecho, hasta que convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos me han dejado en pacífica posesión de mis antiguos y nunca alterados sentimientos.

Con idéntica valentía se planteó Varela el ***problema de la auto-***

ridad, aunque es lo cierto que sus panegiristas suelen exagerar no poco en este punto. Exaltan todos la proposición 27 del *Elenco de 1816,* en que Varela afirma: "Los Santos Padres no tienen autoridad alguna en materias filosóficas, y así debe atenderse únicamente a las razones en que se fundan" (18). Pero Feijóo había dicho antes—y antes que Feijóo, Melchor Cano conocido ya y estudiado en Cuba en tiempos anteriores a Varela—lo que sigue: "¿Qué persuade todo lo dicho, sino que en las disputas debe preferirse la razón a la autoridad?" (19). Y más adelante añade:

En orden a la filosofía y demás ciencias naturales gozamos más amplia libertad, y es la que nos declara la primera regla de Cano, estampada arriba: *La autoridad de los santos, que muchos que pocos, en orden a la materia de las ciencias naturales, sólo persuade a proporción del valor de la razón en que se fundan.* (20).

El mérito de Varela no está, pues, en la formulación del principio, que, como acabamos de ver es apenas una glosa de Melchor Cano, comentado ya en ese punto por Feijóo, sino en haber hecho valer la libertad de opinar que en él se expresa, en haberla convertido en instrumento eficaz de una mundividencia que vigente ya de antiguo en todo el orbe civilizado pugnaba aún por apuntar en el ambiente escolástico de la colonia.

En sustitución del criterio de autoridad Varela pone la razón y la experiencia en la base de todo conocimiento científico. Con él nace, por lo tanto, entre nosotros, la posibilidad misma de toda ciencia. A más de dos siglos del *Discurso del Método,* Varela fué nuestro Descartes que sostuvo:

que el verdadero filósofo cuando empieza una investigación, debe figurarse que nada sabe sobre aquella materia, y entonces debe poner en ejercicio su espíritu hasta ver todos los pasos que puede dar, según enseñaba Cartesio, (21).

En otra parte afirma: "El verdadero maestro del hombre es

---

(18) Reproducido por A. Bachiller y Morales, ob. cit., p. 296.

(19) *Argumento de autoridad,* en el *Teatro Crítico,* ob. cit., p. 442.

(20) Ob. ct., p. 444.

(21) *Lecciones de Filosofía,* ed. cit., p. 37.

la naturaleza" (22). Feijóo también, rebelándose contra el criterio de autoridad, afirmaba:

Es imponderable el daño que padeció la filosofía por estar tantos siglos oprimida debajo del yugo de la autoridad. Era ésta, en el modo que se usaba de ella, una tirana cruel, que a la razón humana tenía vendado los ojos y atadas las manos, porque le prohibía el uso del dirscuso y de la experiencia. Cerca de dos mil años estuvieron los que se llaman filósofos estrujándose los sesos, no sobre el examen de la naturaleza, sino sobre la averiguación de Aristóteles (23).

Planteado de este modo el problema de la autoridad, así como el de la primacía de la razón y la experiencia, surge como tema inmediato de la crítica en Varela el que plantea el *valor de las reglas* en las ciencias y en las artes. Contra ellas se había rebelado ya Feijóo en más de un ensayo del *Teatro Crítico.*

En el suyo de ingreso en la Sociedad Patriótica Varela había dicho:

Yo creo que todas las reglas que con tanto magisterio se suelen presentar, vienen a ser como unas columnas de humo, que las disipa el menor viento, si no están fundadas en investigaciones anteriores, siendo el resultado de unos pasos analíticos, cuya relación se haya percibido...Las reglas son el término de nuestras investigaciones y no pueden ser el principio de ellas (24).

Y en la *Miscelánea filosófica,* discurriendo sobre los "límites que deben tener las reglas", escribió:

Reglas pocas, pocas; y si es posible ningunas, ningunas. La naturaleza lo hace todo cuando no se encadena, y si en ciertos casos pide un auxilio, jamás desea un yugo (25).

La *naturaleza* constituye para Varela, mucho más cerca en este punto del romanticismo que Feijóo, el *modelo de todos los artistas.*

---

(22) *Discurso leído por el Presbítero D. Félix Varela, catedrático de Filosofía en el Real Seminario de San Carlos, en la primera junta de la Sociedad Patriótica de La Habana, a que asistió después de su admisión en dicho cuerpo. Tema: Demostrar la influencia de la ideología en la sociedad, y medios de rectificar este ramo.* (Febrero de 1817). Publicado en las *Memorias de la Real Sociedad Económica de la Habana,* número 7, distrubiído el 31 de Julio de 1817. Reproducido por Rodríguez, ob. cit., p. 57-64.

(23) *Argumento de autoridad,* ob. cit., p. 445.

(24) *Discurso leído por el Presbítero D. Félix Varela,* etc.

(25) *Miscelánea filosófica* por Félix Varela. Tercera Edición, Nueva York, por Henrique Newton, 1827, p. 84.

Cada pueblo—escribe—puede decirse que ve la naturaleza a su modo, y no hay uno que no se precie de imitarla, aun cuando todos se diferencien en sus gustos respecto de las artes. Los distintos siglos aun se diferencian mucho más, pues parece que es otro el género humano y otra la naturaleza que le causaba los placeres (26).

Pero además,

en una misma nación reciben las artes distinto giro, según los pueblos que las cultiven...No se crea por esto—corrige inmediatamente—que el buen gusto carece de bases fijas o que éstas no pueden encontrarse en la naturaleza. Ciertas obras que en todos los tiempos han agradado, y que en el día se tienen como norma de perfección, deben todo este mérito a su conformidad con la naturaleza, y si en ellas se notan algunos defectos, sin duda consisten en haberse separado de los modelos naturales, o de aquella belleza que con mano diestra ha esparcido el Autor Supremo de los Seres.

Mas conviene advertir que Varela no identifica la imitación de la naturaleza con la copia servil de sus apariencias, sino que manteniéndose fiel al legítimo sentido de la *mímesis* aristotélica, desnaturalizado después por el escolasticismo y los preceptistas del Renacimiento, entienden la imitación como esfuerzo por expresar la esencia misma de los fenómenos naturales reflejados en el espíritu del hombre. Esto y no otra cosa quiere decirnos cuando, en la *Miscelánea filosófica,* como conclusión de un pasaje admirable sobre la música, escribe:

Es necesario, pues, no olvidar la imposibilidad en que están los hombres de imitar a la naturaleza en todas las inflexiones, y variedad de los sonidos, y no ostentar una aptitud de que carecen, dejarse de imitar las aves, y tomar por objeto de imitación a los hombres cuando expresan sus pasiones, y aun esto puede hacerse hasta un cierto punto, pues todo empeño en la identidad es ridículo. Cuando se dice que un profesor imita con sus instrumentos el canto de un pájaro u otro sonido de la naturaleza, sólo sirve para darnos una idea de su destreza, y a veces sólo de su trabajo infructuoso, pues la imitación, por más que se diga, jamás será perfecta, y aunque lo fuera, para oir pájaros no se necesitan instrumentos músicos (27)... Bastante dificultad hay sin buscarla—añade sagazmente—en la imitación de la naturaleza, contrayéndose sólo a lo que habla al

---

(26) *Imitación de la naturaleza en las artes,* ob. cit., p. 113.

(27) Ob. cit., p. 119-120.

corazón, que es el remedo de las pasiones, y lo que sorprende a la imaginación, que es el hallazgo de modos siempre nuevos y siempre interesantes (28).

En el propio ensayo que citamos hace Varela una síntesis agudísima del proceso literario de su tiempo de transición, que transcribimos casi en su integridad por su valor sustancial y por más de una semejanza que puede observarse entre aquellos hechos y los nuestros actuales o de un pasado demasiado reciente aún.

Este deseo de ostentar destreza en vencer dificultades—escribe Varela—se notó por mucho tiempo en la poesía dejando a un lado la verdadera imitación de la naturaleza, que miraban muchos poetas como cosa de poco momento, y que no podía distinguirlos del resto de los cultivadores del arte. De aquí tuvieron origen las tramas complicadísimas, las acciones más violentas y extraordinarias, los sucesos más portentosos y que apenas podía fingirlas la imaginación, en una palabra, todo el arsenal de milagros poéticos en que abundaron tanto los siglos pasados. Hasta en la dicción hubo la más ridícula pedantería escogiendo las palabras más raras y colocándolas del modo más forzado y confuso. También aparecieron los versos obligados o que terminaban en una letra particular, en otros las letras de un nombre que servían de iniciales a los versos que a veces también concluían en otra letra del mismo nombre. En composiciones latinas (que seguramente no eran del tiempo de los romanos) he visto formar muchos círculos concéntricos, tirar varios radios, colocando despues ciertas letras en las puntas en que cortaban a los círculos menores, y en los extremos de dichos radios. En consecuencia el autor se vió obligado a usar de todas aquellas letras que debían formar parte de su composición, la más difícil por cierto, pero la más ridícula del mundo.

Veamos ahora como interpretaba Varela a estos antecesores de los "caligramas" de Guillaume Apollinaire y de las "hélices" de Guillermo de Torre.

Todo esto prueba—dice—que, o no se imitaba la naturaleza que es lo más probable, o que sólo se quería tomar por modelo en lo portentoso de las operaciones, y que teniendo por naturaleza todo cuanto puede el hombre, trataban por diversos medios de manifestar su poder en la invención, aunque fuera de cosas frívolas, y en la ejecución de retruécanos y laberintos misteriosos.

En realidad es imposible hallar mayor comprensión y tolerancia en un crítico contemporáneo frente a la dislocación y la inquietud

(28) Ob. cit., p. 121.

de las escuelas de vanguardia que apenas han acabado de pasar. Parece que escribe para hoy Varela cuando, inmediatamente, afirma: "El gusto moderno está mucho más rectificado, y seguramente se haría ridículo el que presentara obras semejantes" (29).

Luego sigue exponiendo el proceso poético de su tiempo con estas palabras:

Tomó después otro aspecto la poesía, y en algunos autores fué muy sencilla, de modo que se les reprende de haber declinado al prosaísmo, y de carecer de toda la fuerza de imaginación que parece absolutamente necesaria para la buena poesía. Este defecto suele ponerse a nuestro Iriarte, cuyas composiciones tienen tanta sencillez y facilidad que parece a veces que leemos una prosa muy trivial. Yo confieso—prosigue Varela, después de esta certera y sintética apreciación del fabulista—que mi pasión a dicho autor me hace gustar hasta de sus defectos, pero aun los más severos en la materia conocerán que la imitación de la naturaleza debe llevarse hasta donde es preciso al fin que cada uno se propone, y que siendo el de Iriarte la instrucción sencilla de toda clase de personas, la corrección de vicios que era preciso ponerlos como de bulto, ningún estilo podía convenirle mejor, y yo creo que prueba una gran delicadeza, en lo mismo que muchos Aristarcos graduan de afectación. Sin embargo—concluye—, no es mi intento contraerme a ningún autor, ya sea defendiéndole, ya impugnándole, sino hacer unas ligeras observaciones sobre los diversos modos con que puede imitarse la naturaleza en las artes, sin que muchos de ellos, a pesar de ser contrarios, sean reprensibles. Imita Meléndez, imita Iriarte, seguramente de un modo muy distinto, pero ninguno de estos grandes hombres dejará de ser tenido como un modelo, cada cual en su género de poesía (30).

Examinando Angel Valbuena Prat en su *Historia de la Literatura Española* ya citada, los temas de la crítica en Feijóo, cree hallar entre ellas una insinuación del *origen humano de las lenguas*. Varela, en la *Miscelánea filosófica,* va mucho más lejos en este asunto, situándose en plano muy próximo a las afirmaciones actuales de un P. Marcel Jousse y de su *Psicología del Lenguaje,* cuando escribe:

Las acciones como hemos dicho expresan los pensamientos, y siendo sugeridas por unos impulsos de la naturaleza, se dió muy bien al *lenguaje de acción* el nombre de natural. No sucede lo mismo con las palabras, ellas son el fruto de un convenio, y forman el *lenguaje artificial*, que sin ser tan común a todos los hombres, es

(29) Ob. cit., p. 122.
(30) Ob. cit., p. 123.

sin embargo más fácil y abundante que el de acciones. Todos conocen—explica Varela—que uno experimenta una pena cuando suspira, más no cuando la expresa con palabras españolas, latinas, etc.,sino supiesen todos estos idiomas, y por tanto el lenguaje de acciones es preferible al de palabras si atendemos a su generalidad. Pero las voces son más susceptibles de variaciones delicadas y bien distinguidas; es más fácil pronunciar veinte palabras rápidamente que no efectuar veinte acciones al mismo tiempo, y estas circunstancias han hecho que los hombres prefieran el lenguaje articulado.

Sin duda las primeras voces de los hombres—piensa Varela—fueron monosílabos, unos gritos apasionados señalando el objeto, una de las que los gramáticos llaman interjecciones. Después se sustituyeron a éstas otros más complicados (31).

He aquí toda una teoría del origen del lenguaje, nada distante de las modernas teorías lingüísticas. Varela se aparta con ella del origen divino del lenguaje para revelarnos éste como un simple fenómeno humano y social.

Pero hay otro tema en la crítica de Varela en el cual se opone redicalmente a Feijóo: *el pueblo*. Para el fraile benedictino que apoya sus sabias enseñanzas en la protección de un rey ilustrado y despótico,

es el pueblo un instrumento de varias voces, que sí no por un rarísimo acaso, jamás se pondrán por sí mismas en el debido tono, hasta que alguna mano sabia las temple. . . Poco se distingue—afirma—el vulgo de los hombres del vulgo de los átomos. De la concurrencia casual de sus dictámenes, apenas podrá resultar jamás una ordenada serie de verdades fijas. Será menester que la suprema inteligencia sea intendente de la obra; pero ¿cómo lo hace? usando como de subalternos suyos, de hombres sabios, que son las formas que disponen y organizan esos materiales entes (32).

Para Feijóo el pueblo "algunas veces acierta; pero es por ajena luz, o por casualidad" (33). "La voz del pueblo—dirá también—está enteramente desnuda de autoridad, pues tan frecuentemente la vemos puesta de parte del error" (34).

Varela, en cambio, en sus *Lecciones de Filosofía*, sostiene que

el pueblo tiene cierto tacto que pocas veces se equivoca, y conviene empezar siempre por creer o a lo menos por sospechar que tiene

---

(31) *Lenguaje artificial y convencional.* Ob. cit., p. 14-15.
(32) *Voz del Pueblo.* Discurso en el *Teatro Crítico*, ob. cit., p. 3
(33) Id.
(34) Ob. cit., p. 7.

razón. ¡Cuántas opiniones han sido contrariadas por hombres de bastante mérito pero sumamente preocupados en esta materia, sólo por ser, como suelen decir, *las de la plebe*" (35)

Y en las *Cartas a Elpidio* dejó escrito este consejo de sabia política cuya vigencia no es preciso encarecer:

Yo desearía, mi Elpidio, que antes de proceder en materias políticas lo mismo que en las morales, se formasen no cálculos sobre el papel, ni se copiasen arengas ridículas de *obras ideales*, sino que se hicieran observaciones prácticas. No debemos calcular—añade—sobre lo que queremos que hagan los pueblos, sino sobre lo que ellos querrán hacer, y todas las declamaciones posteriores al error de nuestro cálculo abstracto no sirven sino para ponernos más en ridículo (36).

Nada más opuesto, por lo tanto, a las ideas del P. Varela que el despotismo ilustrado de Feijóo o las minorías selectas de nuestro tiempo. Contra estas y contra las camarillas políticas o los grupitos "revolucionarios" parecen expresamente escritas estas otras palabras de las *Lecciones de Filosofía:*

Suelen también equivocarse aun los hombres de más juicio en graduar por opinión general la que sólo es del círculo de personas que los rodean, y procediendo con esta equivocación dan pábulo a un patriotismo imprudente que los conduce a los mayores desaciertos. Se finge a veces lo que piensa el pueblo arreglándolo a lo que debe pensar, por lo menos según las ideas de los que graduan esta opinión, y así suele verse con frecuencia un triste desengaño cuando se ponen en práctica opiniones que se creían generalizadas (37).

Alguien ha de señalar, sin duda ninguna, en esta opinión de Varela una genial premonición de ciertos caudillos "revolucionarios".

Consecuencia lógica inevitable de sus opiniones sobre el pueblo para Feijóo el patriotismo es un enteco y despreciable concepto limitativo.

Es apotegma de muchos sabios gentiles—escribe— que para el varón fuerte todo el mundo es patria; y es sentencia común de doctores católicos, que para el religioso todo el mundo es destierro. Lo primero es propio de un ánimo excelso; lo segundo de un espíritu celestial. El que liga su corazón a aquel rincón de tierra en

---

(35) Ed. cit., p. 178.
(36) *Cartas a Elpidio etc.* Tomo Segundo. *Superstición.* Nueva York: en la imprenta de G. P. Scott y Ca., 1838, p. 72.
(37) Ed. cit., p. 179.

que ha nacido, ni mira a todo el mundo como patria ni como destierro. Así, el mundo le debe despreciar como espíritu bajo, el cielo despreciarle como forastero... Creo, no obstante—añade— que en aquellas dos sentencias hay algo de expresión figurada, pues ni el religioso ni el héroe están exentos de amar y servir la república civil, cuyos miembros son, con preferencia a las demás repúblicas o reinos. Pero también entiendo que esta obligación no se la vincula la república porque nacimos en su distrito, sino porque componemos su sociedad. Así, el que legítimamente es transferido a otro dominio distinto de aquel en que ha nacido y se avecinda en él, contrae, respecto de aquella república, la misma obligación que antes tenía a la que le dió cuna, y la debe mirar como patria suya (38).

Este concepto puramente domiciliario del patriotismo expuesto por Feijóo es hijo de su condición de religioso, sujeto a las disposiciones de los superiores de su orden capaces de enviarlo a las más diversas regiones del planeta. Hay en él también el despego de quien, vinculado a un soberano de origen extranjero, se siente por encima y distinto de su pueblo. Feijóo favorecido y admirado por Fernando VI, que en 1750 dictó pragmática prohibiendo discutir las opiniones del benedictino, su ministro honorario, es el miembro de una orden religiosa y expresión de un poder metropolitano. Varela, en cambio, sacerdote secular, nativo de una provincia esclavizada, es la voz de un pueblo que exige libertad. Conocido es su ensayo sobre el patriotismo publicado en las *Lecciones de Filosofía* y reproducido después, con notables adiciones, en la *Miscelánea filosófica*. Es él una de las páginas más elocuentes de Varela en la que el rigor lógico que le es habitual se sublima y embellece con la honda nota de pasión que vibra en todos sus párrafos, en los cuales ha expresado él, no una opinión política o una doctrina filosófica, sino su ardiente acto de fe de Maestro y forjador de la conciencia cubana.

Cabe aún estudiar otros temas perdurables de la crítica en Varela, de los cuales hemos a la fuerza de prescindir en gracia a la brevedad y a la circunstancia de que ellos habrán de ser mejor estudiados en sucesivas conferencias por más idóneos "varelistas". Basten los examinados para probarnos la amplitud y trascendencia de esos temas al par que el sentido profundamente didáctico de su expresión.

---

(38) *Amor de la patria y pasión nacional.* Discurso en el *Teatro Crítico*, ob. cit., p. 147.

EL SENTIDO DIDÁCTICO.

En todos los escritos de Varela se nos impone desde el primer instante este sentido didáctico que revela su acendrada vocación de maestro. Desde muy joven lo fué, y de la mejor calidad, porque entendía las responsabilidades que entraña el magisterio y sabía, además, la manera mejor de hacer fecunda la enseñanza. A la Sociedad Patriótica había dicho él, en su discurso de ingreso, que "los que enseñan no son más que unos compañeros del que aprende, que por haber antes pasado el camino pueden cuidar que no se separe de la dirección que prescribe el análisis" (39). Este sentido de compañerismo y colaboración entre maestro y alumnos se acentúa cuando, en otra parte, advierte:

Mis discípulos tendrán una plena libertad de discurrir y proponer sus pensamientos del modo que cada uno pueda. . . Entre nosotros nadie sabe—añade luego— y todos aspiramos a saber. Los conocimientos que se adquieren son bienes comunes, y los errores no son defectos mientras no se sostienen con temeridad (40).

De este sabio pricipio es consecuencia inevitable lo que yo llamo, en Varela, el arte de callar y de escuchar. Escribiendo con profundidad y acierto sobre la *Gramática* de D. Vicente Salvá, había afirmado que "mientras menos se hable enseñando, tanto más progresa el discípulo, si afortunadamente atina el maestro a no omitir nada necesario" (41). Y más tarde, en la *Introducción* escrita para la quinta edición de sus *Lecciones de Filosofía*, insiste en este punto de la manera siguiente:

Sin pretender dirigir a los maestros, espero que no llevarán a mal una insinuación que es fruto de la experiencia de algunos años que consagré a la carrera de la enseñanza; y redúcese a hacerles observar que mientras más hablen menos enseñarán, y que por tanto un maestro debe hablar muy poco, pero muy bien, sin la vanidad de ostentar elocuencia, y sin el descuido que sacrifica la precisión. Esta es indispensable para que el discípulo pueda conser-

---

(39) Discurso reproducido por Rodríguez en ob. cit., p. 57-64.

(40) *Lección preliminar dada a sus discípulos por el Presbítero don Félix Varela, al empezar el estudio de la Filosofía, en el Real Colegio de San Carlos de La Habana, el día 30 de mayo de 1818.* Reproducido por Rodríguez en ob. cit., p. 103-105.

(41) *Gramática de la lengua castellana según ahora se habla,* ordenada poe D. Vicente Salvá. París, 1830. Artículo de Varela en el No. 6 de la *Revista Bimestre Cubana* 1832. Reproducido por Rodríguez en ob. cit., como Apéndice

varlo todo, y no sea un mero elogiador de los brillantes discursos de su maestro, sin dar razón de ellos. La gloria de un maestro es hablar por la boca de sus discípulos (42).

Y así ocurrió con Varela. Sus discípulos olvidaron elogiar los valores expresivos del maestro afanados en dar razón de sus enseñanzas y hacerlas fecundas. Por boca de Escobedo, Saco, Govantes y Luz Caballero habló Varela cuando el despotismo de Fernando VII lo sumió en el destierro. Sus libros expresan también este concepto suyo de la enseñanza, este sabio sentido didáctico, porque en ellos la elocuencia, nunca ausente por entero, cede siempre a la precisión. Y esto es así hasta en los instantes en que se acentúa —como ocurre en las *Cartas a Elpidio*—, el tono polémico; hasta cuando, en las Cortes españolas, defiende una tesis útil o denuncia una injusticia. Este sentido didáctico no abandona jamás a Varela que en los artículos políticos de *El Habanero* es siempre un maestro que discute e instruye a una metrópoli.

De aquí la urgencia del diálogo de la que son hijas las *Cartas a Elpidio*. La epístola fué siempre un intento de diálogo a distancia, es el esfuerzo desesperado del monólogo por superar su esencial soledad. Varela se dirige, en *Elpidio*, a toda la juventud de su patria, de quien, con emoción, se sabe recordado. Releamos sus palabras apasionadas, al final del primer tomo de las *Cartas;*

Para concluir tengo una súplica que hacerte—No ignoras que *circunstancias inevitables me separan PARA SIEMPRE de mi patria;* sabes también que la juventud a quien consagré en otro tiempo mis desvelos me conserva en su memoria, y dicénme que la naciente no oye con indiferencia mi nombre. . . Díles que ellos son la dulce esperanza de la patria, y que no hay patria sin virtud, ni virtud con impiedad (43).

Por eso cuando el segundo tomo de las *Cartas* es acogido con el más absoluto silencio y el diálogo se hace imposible, es insufrible para Varela el sentimiento de su soledad, y en carta, inédita aún, a Luz Caballero, cuyo conocimiento debo a la generosidad de Francisco González del Valle, escribe dolorosamente:

Al fin, el desprecio con que han sido miradas mis *Cartas a Elpidio* que contienen mis ideas, mi carácter, y puedo decir que toda mi alma, es un exponente del desprecio con que yo soy mirado.

---

(42) Ed. cit., p. VI-VII.
(43) Ob. cit., p. 153-154.

Y ¿por qué cree V. que le escribo esto? ¿Por vía de duelo o de queja tonta? No mi amigo, yo reconozco en los pueblos una inmensa superioridad sobre los individuos y un derecho a apreciarlos o a negarles su aprecio sin reclamo alguno. Diríjese, pues, mi observación a un objeto muy distinto y es manifestar la gran ventaja que he sacado de este acaecimiento En primer lugar he adquirido el inestimable tesoro del desengaño, y en segundo, un complemento de libertad de que carecía. Yo siempre he creído que las circunstancias en que el hombre se halla le imponen un deber de hacerlas valer en cuanto puede para su propio bien y el de sus semejantes; y así es que mientras creía tener algún influjo para hacer el bien en ese país, siempre me parecía que hacía poco, y no teniendo otros momentos que consagrarle que los de mi reposo, me privaba de éste por cumplir una obligación. Dicho influjo se ha visto que era quimérico, y que si algún tiempo fué real, ya no existe, y heme aquí entregado a un egoísmo justo y racional pues consiste en dar gusto a mis semejantes que así lo quieren. Yo soy mi mundo, mi corazón es mi amigo, y Dios mi esperanza (44).

Sin embargo, Varela no se dejó vencer por el desaliento, ni pudo hacerle egoísta su soledad. Con posterioridad a la carta citada (1839) intervino en la polémica sobre el cousinismo, continuó editando sus *Lecciones de Filosofía,* como un esfuerzo más de maestro por sus discípulos cubanos, con un generoso afán de entrega y comunicación que le acompañó hasta la muerte.

Por este afán de comunicación amaba él la lengua popular y cuidaba trabajosamente la sencillez de su estilo. No se transparenta jamás en la tersura de sus escritos este heroico forcejeo con los términos y la sintaxis rebeldes, porque, como había escrito una vez, hay un arte de disimular la que es producto del arte, pero también nos ha dicho, comentando la *Gramática* de Salvá:

Todo es difícil escribiendo en castellano: aquí los vocablos no hermanan y disgustan; allá dos consonantes como que tropiezan y riñen, ora parecen violentos los incisos, ora el período pierde su armonía. Ocurrimos cuidadosos a enmendarlo... vense las marcas de la lima, y se manifiesta el arte. Invertimos la colocación, y como que volvemos las palabras para ocultarle... queréllase el pensamiento, porque le presentamos débil. Substituímos otras voces... resiéntese la precisión del estilo. Buscamos otras... mas no tienen el sello de la antiguedad, y tememos la férula de un purista. Deslízase la pluma de la mano, fastidiámonos del período, y le dejamos

---

(44) New York, 23 de agosto de 1839.

para momentos de más felíz inspiración... Volvemos a emprenderlo, dejámoslo otra vez; y sólo al cabo de repetidas alteraciones y de ensayos numerosos, quedamos, no satisfechos, sino menos disgustados. (45).

Nadie podrá adivinar, en verdad, este tormento en la prosa de Varela, breve, clara y precisa, como él exigía ya en su *Elenco de 1816*. En ella son deliberadas estas cualidades como lo es el empleo de los vocablos populares. Se ha dicho de Feijóo que fué mejor estilista que hablista. Otro tanto puede decirse de Varela, en quien alcanza el estilo cultivo más feliz que en el fraile español. Varela conocía demasiado bien la riqueza expresiva de los modismos y de las frases populares, sabía que el pueblo va haciendo la lengua cada día, enriqueciéndola de savia nueva, de mágicos poderes creadores. Por eso llega a decir que "la Gramática que reuna más idiotismos, y en mejor orden, debe ser la preferida" (46). Por eso, sobre todo, los introdujo en sus escritos, dotándolos de vigor y frescura. Véase, si no, esta frase suya de hondo contenido revolucionario:

Francamente confieso que estoy por el proverbio de *el que viene atras que arreé;* y siempre he tenido por una solemne mentecatada, el no apresurar los goces de las ventajas populares, contentándonos con la consideración de que otros gozarán, cuando las semillas que sembramos produzcan los frutos deseados (47).

Si Arrate es el primero de los escritores criollos, Varela inicia la serie de los literatos cubanos. Precisa, por eso, destacar convenientemente su significación en el proceso literario cubano.

SIGNIFICACIÓN LITERARIA DE VARELA.

Como dijimos al comienzo del presente ensayo, Varela es un escritor de transición. Por sus temas—lo hemos visto en paralelo con Feijóo—es un hombre del siglo XVIII asaltado de urgencias criticistas. Lo es también por la indecisión ortográfica que manifiestan sus escritos, cosa ésta, en realidad, característica también de la primera mitad del siglo XIX. Antes que Bello lo hiciera, Varela había advertido el valor de la *Gramática* de D. Vicente Salvá y había escrito sobre ella un agudo artículo crítico en la *Revista*

(45) Art. cit., Rodríguez, ob. cit. Apéndices.
(46) Id.
(47) *Cartas a Elpidio*, t. II, ed. cit., p. 64.

Bimestre (48). En él trata las tesis ortográficas de Salvá aceptando no pocas que luego Bello propagaría. Son éstos, sin embargo, rezagos del XVIII en pleno ambiente pre-romántico, del que participa indudablemente Varela en mayor grado que Bello, neoclásico en esencia.

Varela es, por el tono —lo dijimos también— un hombre del siglo XIX, sensible y apasionado. ¿Acaso no dijo él que "un hombre sin pasiones quedaría reducido a un ser inerte, para el cual ni las ciencias, ni las artes podrían tener el menor atractivo, ni merecer el menor estudio?" (49). Tuvo, además, la devoción populista de los románticos, que en él no fué superficial coquetería con los elementos que hoy denominamos folklóricos, sino acatamiento y servicio. Acatamiento del deber que en cada momento quiso imponerle su pueblo, y servicio desinteresado y heróico de sus más altos intereses.

Fué nuestro primer, nuestro mejor ensayista. Las *Cartas a Elpidio* no son otra cosa que ensayos, y la *Miscelánea Filosófica* no ha sido superada todavía entre nosotros como libro de ensayos. Entre los que le han sucedido, Francisco José Castellanos es sólo más artista; los otros se quedan siempre atrás, sin lograr acercarse a ese pequeño y admirable libro en el que Varela logra el milagro de dotar de unidad a dispares y en el cual su estilo, libre un momento de la urgencia docente y del tono polémico., alcanza su más alta perfección, sin perjuicio de sus queridas brevedad, claridad y precisión. No pecaremos de exageración ni de apasionamiento si afirmamos que hasta José Ortega y Gasset no había dado nuestra lengua un ensayista de las calidades del que se manifiesta en la *Miscelánea filosófica.* Como Ortega, Varela es ponderado divulgador de doctrinas científicas en cuyo comentario apunta atisbos geniales. Y todo siempre expuesto con inimitable tersura y elegancia.

Su actualidad no deriva sin embargo de esta circunstancia solamente, con ser el nuestro tiempo de ensayismo, sino también de su esfuerzo por hacer de la literatura un vehículo eficaz de comunicación entre los hombres y no hermético placer de iniciados y escogidos. Yo he querido entender en una frase suya su testamento

(48) Art. cit.
(49) *Lecciones de Filosofía,* ed. cit., p. 38.

literario. En su carta de 22 de octubre de 1840, interviniendo en la polémica suscitada en torno al cousinismo, jugando con sus amados y expresivos términos populares, escribió:

> En el campo que yo chapeé (vaya este terminito cubano) han dejado crecer mucha manigua (vaya otro); y como no tengo machete (he aquí otro) y además el hábito de manejarlo, desearía que los que tienen ambos emprendieran de nuevo el trabajo (50).

He aquí, amigos, la tarea que señala el maestro Varela a cuantos aspiramos a contarnos hoy en el número de sus discípulos. Ningún homenaje mejor podríamos ofrecerle en el ya próximo centenario de su muerte, que coincide con el del nacimiento de José Martí, que, junto a la edición completa de sus obras, mostrar libre de maniguas el campo de nuestras letras, y de *serviles* la patria que sus manos empezaron a forjar.

---

(50) Reproducida por Rodríguez en ob. cit., p. 345.

Varela pedagogo,

por Diego González

Confirmando una opinión de Varela sobre la audacia de la juventud en sus anhelos e ilusiones por el perfeccionamiento de la sociedad, hube de tener el arrojo, hace dos décadas—al redactar la tesis para la obtención del doctorado en pedagogía—de realizar un estudio sobre *El Padre Varela: su vida y su obra.* En aquella fecha la excelsa figura de tan noble cubano permanecía un poco olvidada. Si se exceptúan la obra de José Ignacio Rodríguez, los discursos de Rodríguez Lendián, Cuevas Zequeira y Varona, con motivo del recibimiento de los preciados despojos del sabio maestro, y el estudio publicado por Ramiro Guerra, apenas si habíase ahondado en los hechos y la vida del "primero que nos enseñó a pensar". Se comprenderá, pues, que el optimismo y la audacia del adolescente de ayer se muestren hoy inconformes con el resultado de su tarea, máxime si tenemos en cuenta que de entonces a acá los estudios varelianos han tenido acuciosos y fervientes investigadores, y que la figura del sabio presente hoy una silueta de caracteres nítidos y claros, cual corresponde a la firmeza y sabiduría del personaje a quien se refieren.

Sean estas breves palabras de *introito*, no para justificar las imperfecciones de mi primera incursión literaria, que llevó consigo la realización de un ideal íncito, ni la promesa de una superación presente, sino la explicación de nuestra devota y constante admiración por aquél con quien estableceremos un rato de comunión espiritual, hablando de sus virtudes y sus hechos, espejo claro de lo que pueden los grandes caracteres a través de la historia, cuando ellos representan de modo auténtico y genuino los valores humanos y permanentes de la vida.

En este ciclo de conferencias varelianas, organizado por la iniciativa de ese dinámico impulsor de nuestra cultura nacional que es Emilio Roig de Leuchsenring, habeis oído ya a otros maes-

tros de la intelectualidad cubana referirse a la figura que motiva estos actos culturales.

Tócame a mí hablar sobre Félix Varela como pedagogo. Si por tal entendemos quien se dedica al estudio y práctica de la educación, Varela fué, por encima de todo, pedagogo y maestro. La lección educativa de su vida ejemplar fué inalterable y fecunda. Se impuso una misión y hubo de cumplirla mientras tuvo un hálito de vida. No fué de los teóricos ni contemplativos. Como Unamuno, resultó maestro hasta el instante postrero; y de tal modo sintió la educación que la identificó con la vida. Como dijera en este siglo veinte el profesor Decroly, para él la educación fué vida y creación. Su propia filosofía, sin ocupar la posición ¡qué había de ocupar! de Nietzsche años después, y recientemente Dilthey y otros, lleva en sí un espíritu vitalista y humano, que sabe conciliar con su posición realista, de donde le viene con otras corrientes ese carácter marcadamente ecléctico que es su verdadera filiación filosófica. Pero ya habreis oído en la magnífica presentación de *Varela, más que humano*, que supo elaborar con su talento benedictino el Dr. González del Valle; en la *Posición filosófica* que en la clara y penetrante mirada de Hernández Travieso se nos hizo visible y atrayente, en la *Valoración filosófica* que de Varela hiciera en análisis profundo y acertado el Dr. Jorrín y en el brillante enfoque que de *Varela escritor* presentara últimamente el Dr. José A. Portuondo, cuáles fueron las ideas que en ese variado campo propugnó el maestro del Seminario de San Carlos. Es imposible hablar de Varela como pedagogo sin referirse a su filosofía y ello justifica las menciones obligadas que acabamos de hacer, como es muy difícil hablar de su filosofía sin mencionar también las ideas pedagógicas. ¡Que no en vano John Dewey, el filósofo de la educación norteamericana, ha identificado a la filosofía como una teoría general de la educación!

¿Qué ideas pedagógicas tuvo Varela? ¿Cuál fué su posición respecto a la pedagogía de su época y su medio? ¿Cuál es su posición si lo juzgamos a la luz de la educación actual? Estas interrogaciones directrices han de orientar nuestro trabajo. Juzgado al nivel de las doctrinas pedagógicas de la hora presente, hallaremos en él las imperfecciones consiguientes y clarividencias notables; juzgando en relación con su época, tendremos que asombrarnos al ver cómo se adelantó a sus coterráneos, y cómo supo columbrar con su clara visión en los arcanos de la pedagogía de lo porvenir.

Desde luego que nosotros habremos de enjuiciar las ideas del maestro teniendo en cuenta la época y el medio en que se produjeron. Por la primera, hemos de notar que Rousseau—a quien censura acremente—había fallecido diez años antes de nacer Varela; que Froebel le anticipaba seis años; que ya Herbart había publicado su obra de *Pedagogía general* en 1806; que Pestalozzi estaba en el apogeo de su gloria y había publicado dos de sus obras: *Leonardo y Gertrudis*, y *Como Gertrudis enseña a sus hijos*. ¿Conocía nuestro antepasado las obras escritas por los pedagogos que acabamos de mentar? Es muy difícil contestar a esta pregunta, pero es casi seguro que no las conocía sino de referencia; porque dichas obras apenas se habían divulgado, y porque en Cuba eran muy escasos los libros antes de 1821 en que Varela publicó sus *Lecciones de Filosofía*. Mitjans nos dice, por ejemplo, que los días no lectivos se asistía a la clase de texto aristotélico en la Universidad y que los estudiantes apenas conocían el mismo "por el lomo", pues hubo que pedirlo a España y era tan respetado que "no debía salir de manos del Rector". El primer texto de Geografía empleado en dicho centro docente era el de Antillón, que se había publicado en Madrid en 1807, tenía limitadas proporciones y sólo contaba 136 páginas. Por ambos ejemplos podrá tenerse una idea acerca del particular, aunque será bueno observar que el Seminario estaba mejor dotado, y que el joven sacerdote se hallaba al tanto, en lo posible, de lo que Europa publicaba en latín, francés y español.

En 1793 la instrucción primaria casi no existía en Cuba. Estuvo bajo los auspicios de filántropos como Paradas, Conyedo, Carballo y las 39 escuelas que existían al crearse la Sección de Educación de la Sociedad Económica de Amigos del País, en 1816, estaban casi todas desempeñadas por maestras conocidas con el nombre de "amigas", de escasísima cultura, sobresaliendo, no obstante, las del convento de las Ursulinas y el de San Francisco de Sales. En 1824, a pesar de los infatigables esfuerzos de la Sociedad Económica, sólo había en toda la Isla 90 escuelas. Pero nosotros no podemos hacer historia aquí de la cultura epocal cubana. Baste con recordar que la Universidad seguía la pauta escolástica del siglo XVI y que el Seminario de San Carlos y San Ambrosio, bajo la égida del obispo Espada y con la savia nueva de Varela, representó el movimiento renovador que ya había iniciado, justo es decirlo, el Padre José Agustín Caballero.

Educado en el Seminario, Varela hizo oposición en 1811—contando veintitres años—a la cátedra de Latinidad y Retórica y a la de Filosofía. Perfectamente preparado y con el aliento y protección de Espada, Varela hace valiente profesión de fe en la filosofía ecléctica con su *Elenco de 1812*, y su obra *Instituciones de filosofía ecléctica para uso de la juventud*, cuyos dos primeros tomos publicó en latín. En 1813 y 1814 publicó los otros dos tomos en castellano, rompiendo con la tradición secular del latinismo. Y este atrevido paso, que fué sin duda el espaldarazo del joven profesor, en que se adelantó a sus contemporáneos y a las leyes del país, lo presenta modestamente diciendo

que no lo hace por espíritu de innovación, sino con el fin de evitar un gasto superfluo a sus alumnos, pues sabe que el gobierno autorizará la impresión de obras en castellano.

En 1814 mismo publica el *Resumen de Metafísica y Moral* para los exámenes del Seminario y además un cuaderno de proposiciones sobre Geografía, Astronomía, Física, Química y Botánica, cuando estas últimas no habían penetrado en la Universidad. No hablaremos de la Física y la Química, a las cuales ha de referirse próximamente una autoridad especializada en estas materias; pero digamos sí que Varela fué el que introdujo entre nosotros la enseñanza experimental de las mismas, dando con ello otro paso gigantesco en su orientación pedagógica. Preciso será recordar las *Lecciones de Filosofía* y la primera edición de la *Miscelánea filosófica*, así como las *Observaciones sobre la Constitución Española*, esciitas en 1821 para la cátedra de Constitución que había obtenido por oposición. Aquí tenemos otro jalón de progreso, porque con esa clase Varela inauguró en Cuba el estudio de la Cívica y en ella se consagró, puede decirse, como futuro defensor de la libertad del hombre al amparo de su *Proyecto de autonomía colonial*. En 1822, elegido Diputado a Cortes, casi puede afirmarse que terminó la vida del maestro para convertirse en el desterrado que no podría volver a su patria. Las ideas pedagógicas del eximio maestro deben ser analizadas y juzgadas por la perspectiva centrada en esta fecha.

CONCEPTO DE LA EDUCACIÓN.

¿Qué concepto tenía Varela de la educación?

El veía en la salud y en la sabiduría la base de la libertad y causa de la felicidad y unión entre los hombres, que las ideas son

el resultado de la educación y que ésta podría, no destruir las pasiones, pero sí arreglarlas y encauzarlas, estimando una quimera educar al hombre contrariamente a sus ideas e inclinaciones, pues en él predomina el concepto de la educación ordenada de acuerdo con la naturaleza y basada en el amor y la comprensión. Como hemos visto, confía en las inclinaciones o naturaleza (herencia) y en la obra encauzadora de la educación, incluyendo el ambiente; y hay un momento en que dice, hablando de las pasiones y de la educación mal dirigida, que el que se propusiera educar un niño ya habituado a un mal sistema de enseñanza como el memorístico, se encontraría cual jardinero que quisiera cultivar "un arbolito muy lozano, pero torcido". Cree que la educación debe seguir el curso de la naturaleza enlazando las ideas como ellas van apareciendo en la mente; pero, en realidad, Varela no nos ofrece una definición concreta de lo que es la educación. ¿A qué se deberá tal cosa? ¿Sería que no tuvo de ella un concepto claro? A nuestro juicio obedeció a su aversión por las definiciones. Ninguna definición, decía, es exacta ni puede serlo. Toda definición es el resultado de un análisis, y siendo imposible que una cosa se analice perfectamente sin que se escape la más ligera circunstancia y comprenda después en la definición todos los resultados de este prolijo análisis, se infiere claramente que ninguna definición puede ser exacta. Lo más que puede establecerse es una definición imprecisa e incompleta. Pero la idea completa de una cosa no puede definirse. A parecida conclusión llegó Nietzsche y hoy nadie duda de semejante hecho, aun cuando por razones metodológicas se elaboren y acepten las definiciones.

En su concepción pedagógica Varela está influído directamente por Aristóteles con su idea de la educación como crecimiento, que se trasmite a través de Rousseau y Pestalozzi para reaparecer, como palabra de nuevo cuño, con John Dewey. Este concepto de crecimiento cultivado es precisamente el que impera en las modernas orientaciones pedagógicas. Por otro lado, Varela se halla dominado en mucho por el optimismo pedagógico de Sócrates y Platón, reaparecido en forma distinta en el conductivismo de Watson; pero su espíritu ecléctico le hace detenerse un tanto, acercándose más bien a la convergencia de Stern o al concepto genotípico de Johansen: herencia y ambiente; genotipo y situación vital, producen, en adecuada armonía, el fenotipo o personalidad que es el hombre

educado. Por eso escribió: "Es un absurdo querer destruir las pasiones humanas, pero es una obra de sabiduría rectificar el uso de ellas".

Hemos dicho que Varela estaba un tanto dominado por el criterio jacobinista de la educación. Así, hablando de la "ideología", expresa que el hombre será menos vicioso cuando sea menos ignorante, y en sus *Cartas a Elpidio* sueña y contempla el mundo formado por una sola familia, como si fuera un paraíso en que no existen la ignorancia ni la miseria.

VARELA Y EL MÉTODO.

En las *Lecciones de Filosofía* nos cuenta el maestro como surgió el Escolasticismo, de qué manera, por imitar a los sabios antiguos, olvidaron la original fecundidad del estudio y cayeron en repetir las palabras, y elevando el silogismo y las disputas a una práctica rutinaria que nada probaba, estimulaba ni enseñaba, vinieron a reproducir sofismas carentes de ningún valor. Y como luego unieron la Teología a la Filosofía tratando de reforzar la fe con la razón aristotélica, predominó la repetición, el silogismo y los "ergos", vestidos con apariencias peripatéticas que hubieran sido despreciados por el propio Aristóteles.

Varela rompió con todo ello. Proclamó la inutilidad de las disputas que se preocupaban de la forma o del *magister dixit* sin fijar su atención en que ellos, y hasta el maestro a quien imitaban, podían estar equivocados; abolió la enseñanza del latín, para emplear la lengua vernácula que respondía a la naturaleza del pensamiento, y no sólo lo hizo, sino que defendió la libertad de métodos diciendo que algunos gobiernos quieren imponer los métodos que les parecen mejores, lo cual, "sobre no ser justo, es ilegal".

No obstante, hizo algo más. Estableció el método explicativo en la enseñanza del Seminario, que luego divulgó Luz Caballero y aplicó a la enseñanza primaria, aunque erróneamente se ha dicho que éste lo introdujo después de su viaje a Europa. También se ha expresado que fué el Padre O'Gaban el introductor del mismo. No negaríamos a éste la paternidad de su primera mención en Cuba, si así fuera. Pero no cabe duda alguna que el primero en aplicarlo fué Varela en el Seminario, y que toda su pedagogía, girando alrede-

dor del enlace y ordenamiento de las ideas de acuerdo con la naturaleza del niño, responden al espíritu de dicho método frente al escolástico, y tan frecuentemente lo dice y lo repite, que puede afirmarse de la pedagogía vareliana que toda ella está basada sobre ese principio

Combatiendo al Peripato en boga a la sazón dice en su *Miscelánea:*

Para comprender mejor la causa de estos efectos tan contrarios a la verdadera ciencia producidos por el escolasticismos, advirtamos que según las observaciones de Destutt, conde Tracy, el defecto de nuestros signos consiste principalmente en no representar a todos los hombres una misma idea; pues cuando se oye el signo, nuestra alma repite la operación que había producido cuando se conoció el objeto, los sentimientos que la excitó; y las circunstancias que le acompañaron. Por tanto puede decirse en un sentido diverso de los platónicos que "saber es acordarse".

En otra parte expresa que el maestro debe explicar sucintamente los hechos y luego interrogar a los alumnos hasta saber si han comprendido para que después procuren recordarlo y expresarlo, recomendando que se vaya de lo fácil a lo difícil y se dosifique la materia de modo que el joven no se desaliente en el estudio. "La gloria de un maestro,—dice— es hablar por boca de sus discípulos".

En resumen, si Luz Caballero no hubiese publicado su escrito titulado *Rectificación*, que reproduce José I. Rodríguez, y Anselmo Suárez y Romero no hubiera aclarado el punto en su trabajo *Mi vida como preceptor*, quizás habría lugar a dudas, pero el asunto parece bien esclarecido. En realidad Luz Caballero lo que hizo fué perfeccionar el método que ya Varela había usado.

LA GLOBALIZACIÓN PEDAGÓGICA Y VARELA.

La pedagogía antigua fué asociacionista. Partía de la sensación como la cosa más simple en el proceso ideológico. Hoy diríamos psicológico. Después Herbart, con su nueva doctrina de los estados de conciencia, estableció la percepción como base del proceso aperceptivo que completa el acto del conocer. Varela insiste continuamente en la sensación, con lo cual denuncia su adhesión a Condillac; pero se aparta de éste en cuanto a que la sensación no es tan simple, porque ya ella, en sí, es muy compleja. Quizás será simple la primera sensación que el niño tiene al nacer.

Pero, ¿qué le dice ésta? Lo que en realidad tenemos por sensación ya está influído por multitud de impresiones; ya es en realidad una percepción. La sensación sólo puede existir como una operación abstractiva, aisladora, separadora, de la mente. Por eso la sensación es inexplicable e indefinible, y de aquí el acierto del discípulo que cita Varela al contestar: "sensación es sensación".

En la época de Varela predomina la psicología sensacionista que todavía influye algo en él: pero su eclecticismo le hace disentir de aquélla, que seguía un proceso de síntesis, de unión de sensaciones para formar las percepciones, más complejas. Para él la sensación es ya una percepción, pero el hábito adquirido hace creer al hombre que él une las sensaciones cuando en realidad ya estaban unidas en la naturaleza.

En toda operación intelectual—dice—se descomponen y recomponen las ideas, y es impropio separar el análisis y la síntesis, Cuando percibimos un objeto por una propiedad, ya todo está unido en la naturaleza y esta unión no se debe a nuestro entendimiento.

¿No tenemos aquí expresado el actual problema de la globalización, que predomina en la moderna pedagogía? Expliquemos esto de un modo más claro.

La Pedagogía antigua o asociacionista creía que la mente del niño adquiría los conocimientos por síntesis, es decir, uniendo sensaciones, elementos, detalles. Por eso se enseñaba a leer empezando por las letras, que es lo sencillo, el detalle. Pero Renán expresó que la mente del niño adquiría los conocimientos de modo global, de conjunto, y el psicólogo Wundt llamó a esto *sincretismo*. Sin embargo, ha sido recientemente cuando Decroly y Claparede han podido demostrarlo, y hoy se acepta y aplica en la educación. El niño capta el conocimiento por conjuntos, por todos globales, y el adulto igual. Ejemplos: conocemos una persona por su conjunto o fisonomía, y a lo mejor no hemos reparado en algún detalle, lunar, etc. Vamos a una casa y tal vez no hemos observado el número, que es un detalle. Leemos una palabra impresa varias veces en las pruebas de imprenta, y no reparamos en la errata hasta que luego, cuando ya es tarde, nos salta a la vista. Porque no habíamos reparado en el detalle. El conocimiento empieza por el todo, luego analizamos o descomponemos, y por último recomponemos o

reunimos. Por eso ahora la lectura se inicia por palabras o frases, luego se analiza en sílabas y letras, y finalmente se combinan de nuevo. Aplicamos el principio de la globalización que Varela columbró, a pesar de la influencia que Condillac ejerció sobre él.

LA MEMORIA.

Hasta Varela se había enseñado memorizando el texto y él fué quien destruyó esta costumbre, explicando las clases y preguntando sobre lo explicado, de tal modo, que cuando venían alumnos de otros colegios a su clase pasaban mucho trabajo, porque, acostumbrados a repetir el texto de memoria, no podían hacerlo de otro modo al principio. "El hombre que repite palabras de un autor —agrega—no se distingue de un loro". Sin contar con que a veces las palabras no son comprendidas y vienen a ser, como decía: "nadas sonoras". Pero hasta entonces estaba en boga, como digno remate del escolasticismo el *repetitio est mater studiorum,* conocido vulgarmente en frase hecha: "método de machaca y machaca".

Comentado el sistema expresa Varela que

muchos se maravillan de niños que contestan todo lo que se le pregunta si se hace en términos que su memoria dirija las respuestas y no su entendimiento, pero en cambio se equivocan si se les cambia el orden de las preguntas. . . Cuando dicen que uno sabe de memoria, es probable que no lo entienda o que trabajó inútilmente.

¿Conoceis vosotros, oyentes amables, algunos colegios que todavía no se han enterado de estas "verdades de a puño" que hace más de un siglo dijo el pedagogo cubano y que la ciencia ha confirmado? No me deis la respuesta.

Ahora bien: ¿resulta mala la memorización? La memoria es la quilla de la inteligencia, ha dicho Williams James. Imaginemos la tragedia del hombre que pierde la memoria. Sabemos cuanto recordamos, si lo hemos comprendido y asimilado. En este sentido la frase de Platón: *saber es recordar* cobra nuevo sentido. Pero la memoria debe educarse y cultivarse. Varela aconsejaba la memoria de cosas, luego la de ideas y finalmente la de palabras. Estos preceptos viven hoy en la moderna educación acompañados de la observación, la experimentación y el hacer. Varela recomendó y practicó también las dos que siguen a la adecuada memorización.

DE LAS OBRAS EN VERSO.

El maestro del eclecticismo en Cuba fué un enamorado del interés herbartiano que quizás no conocía aún, pero que expresa de modo admirable:

Hay ciertas teclas que movidas siempre encuentran cuerdas en el corazón del hombre, que corresponden con la mayor exactitud. Al filósofo le toca investigarlas por una observación diaria; busquemos a los hombres por su interés y los encontraremos.

En otra parte recomienda presentar las materias de modo nuevo, que se estimule al niño de modo que le parezca fácil lo que estudia y que se le dosifiquen las conocimientos y "así se le conduce a una gran distancia cuya noticia anticipada le hubiera abatido".

Mas todo esto no fué bastante a evitar que el genial maestro levantase su voz contra la costumbre generalizada en su tiempo, de escribir obras didácticas en verso, hasta el extremo de que, en años posteriores, llegó a escribirse, ¡asómbrense ustedes! una aritmética rimada, y en tiempos más cercanos a nosotros—aunque no alcanzara al autor—andaba en manos de los niños aquella geografía en verso...

Contra esa costumbre se produjo Varela, insistiendo en que ello era una deplorable interpretación del principio de Horacio que aconsejaba unir lo útil con lo agradable:

Mientras se hizo gran aprecio de la memoria de palabras y los grandes repetidores fueron tenidos como sabios, se escribió en verso para enseñar las ciencias...[pero] se han demostrado los absurdos de una colocación de signos afectada y contraria a la naturaleza; es preciso desterrar los versos de las obras de primera enseñanza y reservarlos para los de recreo...El hombre fué poeta por naturaleza pero no versificador.

A veces, cuando se mencionan estas cosas parecen del tiempo ido o producto de la exageración. Pero lo cierto es que aun existen. Quien ahora os habla pudo contemplar con asombro hace algunos años—y no sabemos si todavía se practica en él—un colegio privado de esta capital en el que los niños en penitencia después de las clases, por no haber sabido "las tablas de multiplicar", caminaban en torno al aula cantando los números y combinaciones para aprenderlas.

En las obras elementales—dice nuestro filósofo y maestro—

todo debe reducirse al método más sencillo, donde el entendimiento debe ejercitarse en los objetos y no en el modo como se presentan, donde el autor debe dejar hablar a la naturaleza, pues como el espíritu se distrae con la cadencia de los versos, resulta que para los niños una regla no viene a ser más que una cantinela, fijándose sólo en las palabras y no en el fundamento.

Otro asunto relacionado con éste y del que se ocupó Varela fué el abuso del libro de texto. Muchos pedagogos han combatido el uso abusivo del libro, es decir, del mal empleo de este valioso auxiliar del maestro. Otros equivocadamente, siguiendo a Tolstoi, han pedido su destierro. Varela no pedía tanto, sino que fijaba su valor del modo siguiente: "Nunca nos separaremos de la máxima que con buenos maestros no hay libros elementales malos, y nada importa que sean buenos, si los maestros son malos", llamando después la atención acerca de su acertado empleo. La escuela nueva, al fijar el adecuado empleo del libro convirtiéndolo en fuente de consulta y en instrumento de aprendizaje, ha venido a tomar una posición muy parecida a la señalada por Varela.

DEL ESTUDIO.

La escuela actual, valorizando el estudio, pero considerando que el niño o joven no tiene todavía el hábito ni domina la técnica de aquél, ha creado el método de estudios dirigidos. Varela recomendó la moderación en el estudio, advirtiendo que devorar libros no es estudiar; que la verdadera ciencia es fruto de la meditación y del buen enlace de las ideas; aconsejando asimismo que no se pase nunca adelante sin haber comprendido lo anterior, y que se estudie en compendios cortos, utilizando las obras extensas como diccionarios de consultas, acompañando otras indicaciones útiles como la de hacer extractos y tomar notas de las obras y asuntos que se lean. Véase aquí otra de sus valiosas anticipaciones a la nueva educación.

DE LA HISTORIA.

En el *Mensaje Semanal* escribió Varela sobre el mérito de los historiadores y el valor de la historia, elogiando a Tácito, que supo dar a conocer la intimidad de sus personajes antes que sus actos públicos, con lo cual estos últimos podían ser mejor comprendidos.

Si tenemos en cuenta que la historia ha de aspirar a conocer y comprender la civilización y que en ésta influyen factores materiales, morales y espirituales de diversa índole, entre cuyas mallas se encuentra siempre el factor íntimo y humano de los grandes hombres así como el de los humildes, se comprenderá el acierto de la citada observación.

Precisamente en una investigación acerca de las obras publicadas en Europa en 1935 aparece que el mayor número fueron de historia o de novela, y las historias noveladas al estilo de Maurois, Ludwig y Zweig, quienes, creando con los recursos de su imaginación portentosa lo que la historia rígida no podía proporcionarles para elaborar las obras, han dado una orientación nueva a la ciencia de Herodoto, en que entra por mucho la vida íntima de los personajes al modo como quería nuestro maestro. Desde luego, no han faltado los partidarios de la escuela crítica, adversarios de toda creación o elemento legendario o fantástico en las producciones históricas, hasta el extremo de negar la existencia de Guillermo Tell. Pero frente a esto surgió la investigación de Karl Mayer, de Zurich, quien estudiando de nuevo los textos y documentos demostró con mucha ciencia y talento, que los relatos históricos legendarios y las tradiciones populares descansan sobre un fondo histórico.

Bien pueden otros, como Paul Valéry, afirmar que la historia "es el producto más peligroso de la química moderna que el intelecto ha elaborado". Cuando el hombre no tiene historia que escribir, forja la leyenda, y ella puede ser "la maestra de la vida" o el tormento de la propia vida. Mas siempre será útil, como decía Varela,

para presentar los vicios y virtudes y despertar el odio o el desprecio y el amor a unos y a otros, aunque no tiene tanta influencia en el orden moral y político. Las acciones humanas son hijas de la voluntad, y ésta es libre y hace ostentación de serlo, variando los actos en mil formas diversas.

Asimismo concluye que no debe abusarse de las comparaciones, porque éstas casi siempre constituyen una paridad imperfecta, aunque pueden ofrecer algunos ejemplos útiles:

La ambición siempre ha traído guerras, conquistas y al final ruína y perdición, mientras que las virtudes han ocasionado grandes bienes.

LA DISCIPLINA.

Este aspecto de la pedagogía vareliana es de una virtualidad novísima examinado a la luz de la nueva educación. Enemigo de de los premios y castigos, expresa que "los premios sirven para formar hipócritas especuladores" pudiéndoseles aplicar las palabras del Evangelio: *ya recibieron la paga,* en tanto que los castigos "destruyen los sentimientos",

Un sermón continuo—dice—llega a ser una *cantinela,* principalmente para los jóvenes, que no pueden sufrir por mucho tiempo unos pensamientos tan serios.

Hablando sobre los sentimientos de los niños se ve el gran conocimiento que tenía de ellos, pues dice que nunca quiso tener por enemigo a un muchacho y menos entrar en discusión con ellos,

antes he procurado hacerles entender que los amo y los respeto; la juventud es ingenua y así se resiente cuando sabe que se le quiere engañar.

Con respecto a la emulación, Varela se expresa en los siguientes y admirables términos:

Siempre he tenido por absurdo, y hasta cierto punto por inmoral el sistema de fomentar entre los jóvenes una rivalidad que por más que se quiera cohonestar con el nombre de *emulación,* no es sino una verdadera antipatía...No han contado los maestros con que se extravía el entendimiento, se corrompe el corazón y el carácter se hace despreciable.

Agrega que por la rivalidad los niños ocultan su ignorancia a los compañeros y se callan, y no preguntan, para engañar a todo el mundo, comenzando por el maestro. Pero que, sin embargo, no le parece mal que se use el elogio "con mucha precaución", expresando al niño *lo mucho que se espera de él si continúa por el mismo sendero...* ¡Con cuánto tino, con cuánto acierto y felicidad hablaba sobre un asunto que aún hoy, si se comprende, no siempre se tiene tacto suficiente para aplicar lo que se cree mejor!

Las ideas de Varela respecto a la enseñanza del lenguaje y de la gramática, así como las que sustenta acerca de la educación de la mujer sorprenden por su penetrante visión hacia el futuro, expresándose en cuanto a las últimas en palabras como éstas:

Para dar su justo valor y determinar la fisonomía social de un pueblo, basta saber de qué importancia gozan en él las esposas y as madres.

La educación femenina debía ser religiosa, moral, doméstica, intelectual, artística y física.

Expertas ya—dice— en la lectura, escritura, aritmética, de precisión deben estudiar la geografía y la historia, y dedicarse al estudio de obras como *La Perfecta Casada*.

VARELA Y LA EDUCACION RELIGIOSA.

La cristiandad y las virtudes de Varela son cosas indubitables, y aunque en algún momento se movieron las influencias de la corte española, actuando bajo el resorte de clérigos peninsulares, para impedir el ascenso eclesiástico del prelado en la emigración, no sería aventurado decir que influyó más la enemistad política que la rivalidad eclesiástica. Sobre todo teniendo en cuenta lo que el cívico diputado había hecho y dicho en las Cortes y lo que escribió en las *Cartas a Elpidio* sobre el trono y el altar. Pero seguramente influyeron en mucho también la gloria y el talento del filósofo. El mismo citó en sus obras lo que dijo un sabio orador: que "la envidia era un mostruo que perdonaba alguna vez a la virtud; pero jamás al talento". El clero español de antaño, *sotto voce* y a veces en voz alta, no pudiendo atacarlo en sus virtudes lo atacó en su talento calificándolo de krausista. ¿Necesitó defenderse del ataque? Si lo hubiera sido habría podido referir aquellas palabras que él escribió en las *Lecciones de Filosofía*: "Un sabio en medio de su pasión es como el Sol a quien oscurecen las nubes que él mismo ayuda a disipar".

Varela fué un cristianísimo maestro. Entre Cristo y la Iglesia, entre la religión y el fanatismo, se quedó con Cristo y su religión, y cuando fué preciso "arrojó a los mercaderes del templo". No lo diremos nosotros. Va a ser el propio Varela quien ha de expresarlo en su prosa clara y valiente.

Hablando de la religión dice que hay sacerdotes

> que se oponen a las reformas necesarias para el bien de la patria y de la religión... [y que] en vano protestan y dan pruebas evidentes de sinceridad y religión...una muchedumbre de ilusos, guiada por una banda de teólogos más redondos que las tres oes del nombre, sale al frente, grita, insulta, atormenta...

Y añade:

> Escribo la defensa del clero, y por eso mismo quiero demostrar

los funestos efectos de la superstición en muchos de sus miembros, para que se vea que son nuestros compañeros de *hábitos* mas no de trabajo.

Hablando de los colegios y la educación religiosa dice:

Otros tratan de inspirarla a la moruna a fuerza de castigos, que sólo producen un odio mortal hacia los que los imponen, y una aversión completa e indeleble al objeto que la causa. . . El que quiera que un joven no tenga religión—agrega luego—háblele siempre de ella.

Y comentando las añagazas de algunos sacerdotes de esos "redondos" como las oes, que apelan a todo lo maravilloso para alucinar incautos, escribe:

De aquí tienen origen los innumerables milagros que el vulgo cree, y que la Iglesia nunca ha aprobado ni puede aprobar, y las apariencias con que muchos ilusos después de engañarse a sí mismos han engañado a la muchedumbre irreflexiva. No hay santo a quien no se le atribuya una multitud de portentos inauditos y aun entra en esto cierta vanidad religiosa y competencia, procurando a veces presentar a los santos como rivales y ver cuál de ellos hace más milagros.

¿Habremos de maravillarnos entonces porque Varela se declare—con toda su santidad cristiana—contrario de la religión enseñada por los maestros en las aulas de enseñanza académica? ¿Parecerá un absurdo el pensar que hace más de un siglo estimara indispensable la religión, pero no enseñada por los maestros, sino por los sacerdotes y los padres de los niños, siendo éstos los que vigilen si asisten o no a la Iglesia?

Acaso—dice—hemos escrito con más claridad de lo que algunos quisieran, acaso nuestra franqueza se tendrá por imprudencia; pero sírvanos de excusa el no haber querido medir nuestras fuerzas con la verdad. . .

Aquí vemos al más sabio y virtuoso de los sacerdotes cubanos adoptar una posición netamente laica. ¿Qué dirían los señores que nos tildaron de "comunistas y herejes" por defender en el Consejo de Educación y al amparo de nuestra Carta Fundamental una posición laicista en este año de gracia de 1942? ¿Puede enfocarse hoy este problema, a la luz de la ciencia pedagógica, de otra manera? Varela se adelantó más de un siglo a los que mantienen la actitud confesional, y yo no quiero aplicarles aquí aquellas palabras.

Son más papistas... Sírvanles a ellos de escudo sus buenas intenciones, que a nosotros nos basta con la ciencia, la conciencia... y el ejemplo de Varela

Hemos de concluir. Para agotar el enjuiciamiento de Varela como pedagogo es necesario un libro: algún día, si el tiempo y la vida nos son propicios, hemos de hacerlo. Pero ello entra en el plano de los proyectos.

Como epílogo de este trabajo y sin referirnos a los aspectos fronterizos de otros conferencistas, tenemos que decir que la pedagogía ha progresado mucho, pero casi todas las ideas sustentadas por Varela continúan siendo de actualidad, porque su mente serena, su inteligencia penetrante y su recto criterio le hicieron ahondar en aspectos fundamentales y algunos de perennidad manifiesta.

En primer lugar, causó una revolución filosófica, que repercutió en la enseñanza. Puso la razón al servicio de la educación, como Santo Tomás había traído la filosofía aristotélica para servir a la teología. Destronó el latín de la enseñanza cuando esto exigía un valor a toda prueba; vitalizó la enseñanza del lenguaje y orientó y mejoró el aprendizaje de la gramática; estableció la enseñanza de la física y la química y las basó sobre la observación y la experimentación; combatió las definiciones, el abuso de las reglas y la memorización estéril; recomendó el análisis y la síntesis combinadas con lo que penetró en las fronteras de la actual pedagogía; exaltó la religión y defendió el laicismo; practicó y expuso doctrinas respecto a la disciplina que no difieren de las que hoy propugna la escuela nueva que a tantos timoratos asusta...

Varela también expuso brillantes ideas sobre la educación de la mujer; proclamó la necesidad que tiene el hombre libre de no actuar en contra de su conciencia, proclamó en lo social la necesidad de que el individuo sacrifique algunos de sus derechos en bien de la comunidad, con lo cual exaltó a la democracia sin caer en los regímenes totalitarios, crueles y despóticos, que anulan al individuo y matan en el hombre lo que este tiene de humano, sometiéndolo a un régimen de igualitarismo absurdo, frente al aplastante y mecanizado monstruo del Estado.

Pero, por sobre todo, como dijimos hace años, Varela nos dejó

un grandioso ejemplo en la enseñanza, de la que hizo un culto, y nos ofreció el primer modelo de lo que debe ser un maestro perfecto, ilustrado, paciente, bueno, virtuoso y patriota.

Veneremos su memoria. Porque el mundo de hoy, en medio de la crisis que lo sacude, necesita volver la vista cual náufrago en medio del oceano, y si encuentra un ancla de salvación como "el primero que nos enseño a pensar", debe abrazarse a él "Con fé, y adelante", para repetir la divisa del más caro de sus discípulos.

Varela revolucionario

por Enrique Gay-Calbó

I

Nació Varela en la época del colonialismo cubano, corto período de nuestra historia que surje con relieves definidos, ante el investigador, por sus evidentes características imperiales.

La colonización española tuvo dos tendencias bien marcadas, representativas a la vez de lo que hay en la propia nación descubridora. Fué una la del dominio y la explotación, que puede corresponder a la reacción y al despotismo de los monarcas absolutos. La otra fué la del colonialismo, que está apoyada en los criticistas y en los liberales. Acaso tenga la primera algunos rasgos del verdadero carácter español, pero tiene más de los invasores sucesivos que durante los siglos de la edad media, y antes, formaron en la península ibérica un mosaico de naciones, y también de los que llegaron después al amparo del nunca justificado derecho divino de los reyes. La segunda tendencia se identifica más con la de los españoles previsores de todos los tiempos. Un paralelo entre ambas modalidades serviría, con ejemplos y demostraciones, para precisar los diferentes momentos en que la Metrópoli llenó cumplidamente una misión creadora de pueblos, y en que tuvo sólo como fin proveer a las exigencias económicas y políticas de los reyes y sus favoritos para sostener guerras de apoderamiento y de religión increíbles, ruinosas e inhumanas. Las luchas de la reconquista, en setecientos años feroces casi siempre, endurecieron a los que des-

pués habrían de ser también invasores y dueños de un mundo. A ratos, surjía la tradición humanitaria en aquellos hombres y se perfilaba un propósito de lógico disfrute integral de las tierras hispánicas.

Ha sido ése el drama de la colonización española en nuestros países. Trajo el guerrero ignorante su crueldad y su altivez, junto a su pobreza. La codicia anuló cualquier escrúpulo incipiente y acalló las protestas y los clamores. La "carrera de Ultramar" enriquecía segundones famélicos y ministros poderosos, y daba oro y mercancías para imponer por las armas y la destrucción el catolicismo en Europa. Bastaba el resultado, como justificación.

La grave decadencia de la monarquía hispana, advertida ya en los esplendores de su mayor poderío, hecha visible con los últimos Austrias y precipitada con los Borbones, fué la causa determinante del colonialismo, en un intento no logrado de formar la homogeneidad de un imperio con los españoles americanos y los europeos. El colonialismo—desde luego con otro nombre y en ocasiones sin expresa denominación—tendía a integrar un todo con los pueblos coloniales y los peninsulares, sin más diferencias ni otros privilegios que los naturales en la organización nacional. Los finales del siglo XVII y los mejores años del XVIII muestran claros indicios de esos empeños inutilizados al fin por el espíritu de coloniaje.

En Cuba el colonialismo se inició con Ricla, al cesar la dominación inglesa. El sistema de *presidios*, o plazas fortificadas, adecuado para provisión y refugio de las flotas, quedó sustituído por el de la comprensión y el estímulo. Los cubanos se trocaban efectivamente en otros españoles más y sentían el orgullo de trabajar y producir para ellos y para el progreso de todos. Esa política de identificación propició, con el bienestar, las apetencias letradas. Un pueblo que come y se instala, se dispone a los menesteres de la cultura. La literatura cubana es, así, consecuencia innegable del colonialismo, como lo fueron más tarde los anhelos de justicia y los de independencia.

Empezó a decaer el colonialismo con Godoy, el inverosímil ministro del bienaventurado Carlos IV. El príncipe de la Paz, que acumulaba títulos, honores y beneficios con los desastres interiores y exteriores de España, restituyó el coloniaje y llegó al extremo

de establecer en Cuba un impuesto que sería recaudado para ingresarlo en su tesoro particular. Se volvió totalmente a la imprevisión, a las restricciones comerciales y a las prohibiciones, con intervalos de liberalismo que si traían ventajas también ocasionaban trastornos y desconcierto por los cambios bruscos. En pleno poderío de Godoy se mandó por real orden "que no se hiciera general la ilustración en América", y por el mismo medio se dispuso que los "habitantes de Cuba y Puerto Rico" no enviaran sus hijos a estudiar a los Estados Unidos.

Para los cubanos era insoportable la regresión. Conocían las bienandanzas del colonialismo y era forzoso que lo compararan con el coloniaje, en que todo fué atraso, rutina, latrocinio, y en que el pueblo vegetaba sin otra diversión que las misas y las procesiones y sin más esperanza que la de la salvación de las almas. En las Cortes de Cádiz los representativos de la nación española oyeron sin repulsa a un diputado peninsular prometer a los americanos trescientos mil años de vasallaje, a consecuencia de que los representantes de América aducían como queja los trescientos años de inútil dominación. Un significado señor de la integridad, Justo Zaragoza, habría de exculpar luego a los gobiernos españoles, que no habían hecho más, "sin duda por falta de ocasión y de tiempo". (*Las insurrecciones en Cuba*, t. 1, p. 266).

La Sociedad Económica de Amigos del País y el Consulado de Agricultura y Comercio fueron los mejores intérpretes del colonialismo en Cuba, los que fomentaron o crearon los medios para transformar nuestra economía, y los que hicieron o propiciaron un estado espiritual contrario a todo amago de volver a la existencia vegetativa de los tres siglos anteriores.

El espíritu de unos colonos que pretendían seguir como españoles sorprendía a los burócratas enviados por Fernando VII. Allá, la lucha entre *serviles* y liberales determinaba una grave división, no finiquitada aún. Aquí, liberales y *serviles* peninsulares se estrechaban casi siempre, se unían, salvo excepciones, a la sombra del coloniaje para oprimir y para establecer otra división: de un lado los *godos* y del otro los criollos.

La poca facilidad de vida económica del coloniaje, que a pesar de ello hacía opulentos a los capitanes generales y a su corte de

ministros, empleados y adláteres, empobrecía por lo contrario a los criollos que no se entendían con los amos y los obligaba a la protesta, primero expresada como súbditos y después como rebeldes y separatistas.

II.

El antecedente más lejano de la aspiración de Cuba a la independencia está en los apuntados imperativos económicos y en la Revolución Francesa. Fué anterior la de los Estados Unidos, pero su influencia nos llegó como traducida y en forma refleja al través de lo que se podía filtrar en los equipajes de los criollos, y que escapaba a las pesquisas de funcionarios cumplidores de órdenes reales y prohibiciones. Llegaban libros, y venían también ideas con los cubanos viajeros. No era posible ya retornar a los sistemas de explotación y de rutina.

Isla situada en el centro de comunicación de los mundos, ha conocido siempre Cuba con precisión y celeridad los efectos de los actos sociales y de las manifestaciones exteriores. Faltó a su deber en todos los casos en que no llenó el oficio de propagadora de los hechos humanos. Cerebro que recibe y difunde conceptos, a la vez que mediador entre productores y comerciantes, nuestro país tiene una de las mejores tareas del futuro.

Los acontecimientos mundiales repercutían en Cuba y formaban un sentimiento diferenciado entre los habitantes. A pesar de la vigilancia, las ideas entraban sin interrupción y hacían su camino. Lo que advino después sólo era consecuencia, lógica derivación de una larvada rebeldía ante la actitud de los imprevisores jefes coloniales, mezclada con los ejemplos incitantes del exterior. La oposición entre unos y otros, los choques inevitables, las persecuciones, las injusticias y los crímenes, completaron el cúmulo de causas concordantes para imponer la necesidad de la aspiración a la independencia.

III.

Cuando los pueblos españoles nombraron diputados para las Cortes constituyentes, después del pintoresco viaje a Bayona de Carlos IV, María Luisa, Godoy y Fernando VII, Varela era catedrático de Filosofía en el Seminario de San Carlos y barría con de-

cisión las basuras del escolasticismo, y sus *ergos* y disputas. Gobernaba Ruíz de Apodaca nuestra isla sin otra autoridad superior que la bamboleante de la Metrópoli, más interesada en su propia seguridad que en la del imperio colonial. Las libertades otorgadas por la Constitución de 1812, entre ellas la de imprenta, alegraron a los criollos y hasta los alborotaron, y fueron la preocupación de los *godos*.

Las Cortes de Cádiz renovaban la tradición española de resolver los problemas fundamentales de la nación en asamblea. De los visigodos nació la costumbre, sólo alterada por Austrias y Borbones. Los pueblos representaban la soberanía, y no se toleraba poder alguno por encima de ella. Las Cortes elegían al rey y le tomaban juramento. Como, antes, los concilios de Toledo lo apoyaban y le formulaban leyes y normas de conducta para su gobierno teocrático.

De origen tan lejano como el reinado de Recaredo, el primer rey católico, que ya en la Edad Media y con la dinastía visigoda, trocó los concilios en consejos nacionales, viene la costumbre de someter las importantes cuestiones públicas a la deliberación de las asambleas. Los concilios tenían tal fuerza que hasta desaprobaban decretos reales. Además, el rey era electivo por los nobles y el clero.

Antes de la conquista por los *bárbaros* (godos, visigodos, suevos, alanos, vándalos), el gobierno era democrático y monárquico, y así continuó.

El sistema electivo se desvirtuó un poco, paulatinamente, con la casi constante designación de un hijo del rey anterior, o de un miembro de su familia. El poder real estaba moderado por las asambleas o concilios, que fueron tornándose en reunión de representantes de la clase noble, con perjuicio de los *hombres libres* delegados de la clase media más que del pueblo. Los *nobles* eran capitanes del ejército, o usufructuarios de las tierras quitadas a los que las habitaban antes, quienes a su vez habían perecido en matanzas colectivas o sufrían la esclavitud.

Poco tiempo duró en Cuba el régimen de la Constitución de Cádiz. Los ayuntamientos constitucionales, las diputaciones, los tribunales, la libertad de imprenta, las milicias, volvieron a ser objeto de la gracia real.

Así pasaron seis años en que por tener demasiada labor en España y en América dejó Fernando VII tranquila a Cuba y bajo la influencia de algunos cubanos previsores como Arango Parreño y de españoles liberales como el obispo Espada.

La aspiración fernandina de reconquistar las tierras americanas, reconquista que parece haber sido barrenillo secular de los monárquicos carloquintistas españoles, según lo asevera el republicano y católico Ossorio Gallardo, produjo la sublevación de Riego en las Cabezas de San Juan con las tropas destinadas a restaurar el imperio colonial de los Reyes Católicos. En vez de salir para América, ya se sabe que Riego proclamó la Constitución de Cádiz ,y pronto lo apoyaron otros cuerpos de ejército. Fernando VII quiso resistir y envió soldados que combatieron y quedaron vencidos, y al fin juró el odiado código que le privaba de las facultades de rey absoluto. Algunos militares también obligaron en Cuba al Capitán General a jurar la Constitución y a restablecer las instituciones ordenadas por ella.

La Habana tenía como obispo a don Juan Díaz de Espada y Fernández de Landa, hombre del colonialismo, religioso, liberal y acaso masón, como cree Fernando Ortíz. Espada, con la influencia que le daban su cargo oficial y su respetabilidad, hizo en su esfera, y en la medida de su poder, lo preciso para ser considerado émulo de don Luis de las Casas. Si aquel obispo hubiera contado con el apoyo de gobernantes colonialistas, habría transformado a Cuba. La promulgación del texto constitucional de Cádiz lo llenó de ardor reformista y, en parte por cumplir disposiciones superiores y también por satisfacer sus deseos, ordenó que desde los púlpitos de su diócesis—de Camagüey a Pinar del Río—se exhortara a los feligreses a respetar y bendecir la Constitución. Logró que la Sociedad Económica de Amigos del País creara en el Seminario de San Carlos una cátedra de Constitución y que el profesor de Filosofía del propio colegio la explicara.

Aquí es preciso detener algo la atención, para conocer la trascendencia de ese hecho sencillo. Espada hizo a Varela catedrático de Filosofía, y lo sostuvo en el empeño de *barrer* las inutilidades dañinas del Peripato. Varela revolucionó las ideas. Sus más eminentes alumnos se convirtieron en discípulos que ya no dejaron de adaptar su vida al ejemplo y a las enseñanzas del maestro, y como

profesores, muchos de ellos, a su vez continuaron la obra de civilización. Otro tanto se puede afirmar de las consecuencias del nuevo apostolado a que se vió compelido Varela por el obispo Espada desde la cátedra de Constitución. Numerosas personas acudían a la modesta aula magna del Seminario para oir las explanaciones de un derecho constitucional desconocido hasta entonces por los olvidados colonos. Un joven sacerdote hablaba con valor, con entusiasmo, con fe, de las libertades humanas conquistadas al fin, restauradas en la monarquía y extendidas a todos sus pueblos, para la feliz organización de un imperio todavía muy vasto. En la cátedra, Varela no fué un mero repetidor del articulado constitucional o de las opiniones de los constituyentes, aunque los daba a conocer con amplitud. La lección de Varela fué más allá. Sabía bien la importancia histórica de cuanto hacía. Su misión era sembrar. Arraigaron las semillas en las conciencias cubanas que estaban delante de él, ávidas de columbrar la ruta.

Grandes maestros hubo en nuestro país, directores intelectualedel pueblo cubano. Cada uno de ellos pudo dejar y dejó recuerds de su magisterio fundador. El largo esfuerzo por conquistar lo libertad y por lograr mayor elevación, realizado al través de toda el siglo XIX, se debió en mucha parte a esos conductores del pensamiento que formaron a la niñez y a la juventud. Nunca se les rinde homenaje suficiente. Con reverencia, con devoción, han de ser evocados en todo instante.

Varela está entre los que merecen más veneración, porque abrió el campo y lo dejó libre para siempre de la hojarasca inútil que la garrulería y la retórica habían ido acumulando. y también porque dió los primeros y más formidables golpes a todos los mitos que dificultaban la vida de unos isleños atrasados aún y dentro de los dogmas escolásticos y absolutistas.

El nuevo catedrático de Constitución no se limitaba a dar su ciencia y sus convicciones desde el aula, sino que también escribía, como profesor seguro de la seriedad de sus doctrinas. Queda un libro suyo de *Observaciones sobre la Constitución de la monarquía española*, publicada en La Habana el año 1821, que a pesar de ser sintético es bastante para apreciar la magnitud de su enseñanza y el valor de su acción proselitista. Ese libro, citado muchas veces y leído por nuestros investigadores, tiene vigencia en

lo primordial y demuestra hasta qué punto llenó Varela su difícil misión de fundador de la patria cubana y de precursor de las ideas revolucionarias.

Compartía Varela el criterio de los constituyentes de Cádiz sobre los orígenes ibéricos del texto constitucional, principalmente en lo que significa libertad individual de los españoles frente al poder de los reyes. No desconoció las ideas ambientes con relación a la división de los poderes, pero encontraba la raíz en las antiguas instituciones nacionales, que evocó también en su preámbulo la Constitución de 1812. Tal filiación ha sido posteriormente muy discutida, y aunque los maestros que la combaten aducen fuertes razones históricas y jurídicas, no se puede considerar falsa esta afirmación de Varela:

Por lo demás, nuestras antiguas Cortes representaban libremente los derechos del pueblo, sin sujetarse a la voluntad del rey. Antes bien éste se hallaba obligado a la formación de Cortes, y a no decidir cosa alguna contra lo determinado por ellas; de modo que en la Constitución política de la monarquía española no se ha hecho más que reducir la autoridad real a lo que fué en su origen, y en los tiempos felices de la España, y sólo se ha limitado en lo que poseía sin derecho alguno (P. 42-43).

La última afirmación acerca de *lo que el rey poseía sin derecho alguno*, o dicho de otra manera: sobre las prerrogativas derivadas del absolutismo y del llamado derecho divino de los monarcas, es marcadamente revolucionaria si se tiene en cuenta que fué proferida y escrita en una semi abandonada colonia americana que hasta esa fecha no había tenido tradición de cultura política.

El profesor daba sus lecciones ante un público devoto compuesto de alumnos y personalidades que llenaba el recinto y se agolpaba en las puertas, necesitado de aquella palabra elocuente y clara, prometedora de mundos. Cada uno de los artículos de la Constitución merecía amplia exégesis en su historia y en sus implicaciones. El maestro iluminaba perspectivas, afirmaba conceptos, disolvía recelos y creaba estados de conciencias. Tenía la fuerza irresistible de la sinceridad y el impulso de la convicción.

Las *Observaciones* fueron como síntesis de sus clases, apuntes hechos para rememorar postulados capitales, que eran explanados con detenimiento en la cátedra. Y sin embargo de que allí no

está todo y de que en la parte hablada completó ideas y dejó correr el pensamiento por inexploradas regiones, lo escrito es suficiente para discernir cuál era la opinión de Varela al salir de Cuba para representarla en las Cortes de 1822. En la *Introducción* de las *Observaciones* dijo:

> La soberanía y la libertad son los principios de que emana toda constitución, y de ésta la división de poderes y sus atribuciones.

Pónganse a esa afirmación los vocablos que los tiempos actuales y el derecho público han ido formulando, y tendremos sin más variación el sentido evidente de los sistemas constitucionales. Pero no es posible olvidar ante quiénes hablaba aquel revolucionario Los oyentes eran hijos del colonialismo y tenían aprendida una lección de igualdad imperial. No obstante, el ambiente era de fidelidad, de sumisión, y sobre todo de respeto a cuanto desde la conquista simbolizaban la realeza y sus atribuciones, y con ellas a las autoridades llegadas en su representación. La Capitanía General se ufanaba de tener un salón del Trono, pequeño e insignicante en sí, aunque no menos tocado de solemnidad que el de la Corte. La milicia, la nobleza, el clero, los dignatarios, se curvaban reverentes ante él como si allí estuviera sentada la augusta e inviolable persona de la majestad real. El andamiaje de adoración y acatamiento seculares lo derribaba, con una frase tan sólo, un sencillo y honesto sacerdote en la inerme tranquilidad de un aula.

A los que pregonaban la intangibilidad del derecho de los reyes les hacía observar de modo sereno que esos grandes señores se habían hecho *dueños por la fuerza de lo que la justicia no les había concedido*, o que sus *conciudadanos habían renunciado voluntariamente en ellos una parte de su libertad* para otorgarles el poder que ostentaban (p. 1).

Después proclamaba

> ...que toda soberanía está esencialmente en la sociedad porque ella la produce (p. 3). Cada ciudadano español es parte de la nación, y puede decirse parte de la soberanía; pero ésta es indivisible, y sólo existe reunida la representación nacional, de la cual emanan después todos los poderes (p. 4).

¡Abajo el origen sobrenatural del poder, y maltrecho el derecho divino de la autoridad..!

No son más avanzados y revolucionarios los que en años posteriores hicieron de la organización social la base de la humanidad futura.

Varela no hablaba de aspiraciones distintas a las de su ambiente, salvo el de las personas interesadas. Recogían sus enseñanzas los jóvenes de la generación que serviría de nexo entre el colonialismo y la rebeldía, los hombres maduros satisfechos de los beneficios logrados durante el gobierno de don Luis de las Casas, los compañeros vibrantes de entusiasmo ante aquel torrente de verdades; y las miraba con respeto el prelado entendido y liberal, el obispo Espada, convencido también de que era buena y justa la obra. Más tarde, casi en seguida, pudieron los servidores de los déspotas hablar nuevamente el lenguaje de la adulación, y hasta atentar contra la dignidad del Obispo, y en consecuencia volver a las costumbres del absolutismo. Pero no hubo quien negara a Varela que había interpretado con sus palabras *la verdadera religión*, cuando decía que *jamás un Dios justo y piadoso*

...ha querido privar a los hombres de los derechos que él mismles dió por naturaleza, y que erijiendo un tirano los ha hecho eso clavos (p. 7).

Aquel hombre, que como estudiante no se había dedicado a la jurisprudencia sino a la teología, era en las disciplinas del derecho público un maestro. Sólo explican una ciencia con claridad los que la conocen profundamente, Varela expuso de este modo su concepto de la soberanía y del gobierno, que aún hoy no es posible cambiar dentro de su sistema:

Es preciso no perder de vista que una cosa es soberanía y otra gobierno. Aquélla resulta de la voluntad general, que forma el primer poder inseparable de la nación, mas el gobierno es un mero ejecutor de la voluntad general, y sólo consiste en una o muchas personas que merecen la confianza pública y están autorizadas para juzgar según las leyes, y dictar otras nuevas cuando la necesidad lo exija., pero siempre conformándose a la justicia. El gobierno ejerce funciones de soberanía; no la posee ni puede decirse dueño de ella. El hombre libre que vive en una sociedad justa, no obedece sino a la ley. Mandarle invocando otro nombre, es valerse de uno de los muchos prestigios de la tiranía, que sólo producen su efecto en almas débiles. El hombre no manda a otro; la ley los manda a todos (p. 12-13).

Entienden al momento unos y otros la difícil diafanidad del

profesor. Y quienes han llegado a lo hondo en la ciencia se admirarán de la perfección y la amplitud en el saber de Varela.

Pero hay más: representaba él una clase privilegiada que en las antiguas Cortes tuvo su lugar propio, y a pesar de ello creía que los diputados deben pertenecer al mayor número y que serán mejores cuando *cada uno de los miembros de las asambleas se haya escojido de entre todo un pueblo* (p. 41). Previno a éste contra la posibilidad de que los nobles y los eclesiásticos se unieran en las Cortes *en contraposición a los representantes* de los otros ciudadanos. Eso se acopla con lo que para él era un diputado:

Diputado quiere decir lo mismo que enviado por una provincia, con facultades para representar derechos y proponer mejoras; de manera que es un verdadero apoderado de la provincia, pero que al mismo tiempo lo es de toda la nación en virtud de sus leyes fundamentales. Luego, para deducir lo que pueden o no pueden representar los diputados, no hay más que observar los términos del poder que llevan y la naturaleza del cuerpo que forman (p. 61).

Quedó designado Varela diputado a esas Cortes en las elecciones de 1821, turbulentas y significativas porque de ellas salió agravada la diferenciación entre los *criollos* y los *godos*. Anulada la elección, recibió otra vez los votos favorables e hizo al fin su entrada en la asamblea legislativa de Madrid, y con ella se trasladó a Sevilla y luego a Cádiz, como consecuencia de la invasión de España por los *cien mil hijos de San Luis*, ejecutores de los mandatos de los reyes absolutos y de la Santa Alianza.

El *Diario del Gobierno Constitucional*, de La Habana, del miércoles 18 de abril de 1821, periódico oficial, publicó en esta forma la despedida de Varela al embarcarse para España:

El ciudadano D. Félix Varela, a los habitantes de La Habana, despidiéndose para ir a ejercer el cargo de diputado en las Cortes de 1822-1823.

> *El amor de la patria es una de la principales obligaciones de los españoles.* (Art. 6°. de la Constitución política).

Mi corazón juró este artículo ante que mis labios. Escrito estaba en el gran libro de la naturaleza, y el género humano me lo había enseñado desde el momento en que puesto entre el número de los seres, oí sus voces. No hay sacrificios; honor, placer, es todo cuanto se renuncia en obsequio de la Patria. Hijo de la ilus-

tre Habana, educado en ella, degeneraría de los sentimientos del más constante y generoso de los pueblos si el temor a los peligros pudiera arredrarme. Ya sea que el árbitro de los destinos, separándome de los mortales, me prepare una mansión funesta en las inmensas olas, ya los tiranos para oprimir la España ejerzan todo su poder contra el augusto Congreso en que os habeis dignado colocarme, nada importa: un hijo de la libertad, un alma americana, desconoce el miedo. Mis conciudadanos, haciéndome el mejor de los honores, me habeís impuesto la más grave de la obligaciones. Yo no seré feliz si no la desempeño. Entre tanto recibid mis votos.

(F). *Félix Varela* (1).

IV.

Varela había llegado a Madrid con la noción concreta de sus deberes de diputado. Profesor de lógica y de derecho constitucional, en ningún momento perdió de vista la respetabilidad y la importancia de su misión. Fué un diputado de su provincia, y lo fué de España a la vez, en uso de atribuciones que consideraba imprescriptibles. Habló allí e hizo ponencias sobre "los males de la Patria", sobre "la fuerza naval", la "ordenanza del ejército", los "conspiradores contra el sistema constitucional", los "facciosos aprehendidos", la "exención de los reemplazos de los vecinos de Ultramar", el "arreglo del clero", la "abolición de la esclavitud" en Cuba, el "gobierno de las provincias de Ultramar", y la "independencia de las provincias americanas". En todo eso intervino, y con relación a las tres últimas cuestiones fué autor de tres proyectos que demuestran su sentido de la previsión y su personalidad de estadista.

Su plan de abolición de la esclavitud en Cuba resolvía problemas del momento e impedía los que vinieron después. La población cubana, con la manumisión de los siervos y con el trabajo libre y las inmigraciones europeas, habría llegado a ser lo que pensó Arango Parreño y lo que se ambicionaba entonces.

En ciento ochenta y nueve artículos y un preámbulo hizo Varela una constitución autonómica colonial que las Cortes no pudieron discutir por estar ya bajo la amenaza directa de los soldados del absolutismo europeo.

La independencia americana llevó a Varela a pensar en la unión

por tratados, con las naciones ya libres, para favorecerlas y para salvar a España, en otro intento generoso de su carácter de cubano español, todavía leal a la Metrópoli

V.

Cuando Varela se refugió en Gibraltar, a causa de la fuga de las Cortes, cuyos diputados fueron condenados a muerte por el rey que había vuelto a ser absoluto, era ya seguramente separatista. Había visto a los hombres más eminentes de España discutir como miserables mercaderes las libertades de los súbditos coloniales. El "divino" Argüelles atacó violento y vulgar la proposición del cubano tendiente a paliar la catástrofe metropolitana por la independencia de América. La defección de generales, de diputados y personia de alta categoría asombró y llenó de asco al sacerdote de vida ejemplar, y la incomprensión de aquellos llamados estadistas lo hizo dudar de cuanto creyó hasta entonces en el aspecto político imperial.

Conoció a los hombres que desde allá nos gobernaban. Supo de sus imprevisiones, de sus intransigencias, de sus virtudes negativas, de su pertinacia en el error; presenció las escenas de intrigas, traiciones, infamias y pequeñeces entre individuos que por su elevación aparente debían estar al margen de la crítica por su buena conducta. El espectáculo visto en toda su verdad fué suficiente para borrarle el sentimiento de españolismo que le acompañó desde Cuba. El provinciano español desapareció en Varela dentro de las mismas Cortes de Cádiz, y puede decirse que a Gibraltar llegó ya como separatista cubano.

La política europea de la Santa Alianza decidía sobre el gobierno de los pueblos. No toleraban los reyes que la representación popular turbara su costumbre de mando absolutista, ni que tan bajas preocupaciones interrumpieran sus saraos y grandes fiestas y sus partidas de caza. La ociosidad de los príncipes era artículo de fe. Las Cortes de Cádiz habían alterado el sistema de la monarquía española establecido con firmeza desde los Austrias, y era urgente destruir las instituciones creadas por su pueblo. Así lo dispuso la primera cláusula del tratado secreto de Verona, y en cumplimiento de ello se encargó al rey de Francia reinstalar

en el trono de Madrid a Fernando VII, como primer paso para la obra total, que tenía en término inmediato la reconquista de América. Los políticos españoles, los que años antes habían oído ofrecer a los colonos americanos trescientos mil años más de esclavitud, miraron hacia lo que estimaban su derecho de amos, y ya desde entonces se pronunciaron con casi unanimidad de igual modo que los del resto del siglo. A los que conocían bien la historia de la vida pública peninsular no podía asombrarles que Castelar declarara sin escrúpulos, y sin pensar en sus doctrinas de siempre, que ante los intereses de España él volvía la espalda a los de las colonias; ni la frase de Romero Robledo, Ministro de Ultramar, de que "las colonias son para ser explotadas"; ni la quijotesca de Sagasta y de Cánovas de luchar en Cuba "hasta el último hombre y la última peseta".

Varela vió en el fondo de aquellas conciencias el egoísmo y la ambición, mezclados con el desdén que les inspiraba hacia lo americano una superioridad inexistente.

Por fortuna hay libros de todas clases, historias, novelas, relatos de costumbres, obras teatrales y estudios monográficos, que describen la realidad de aquellos tiempos. Cuanto hubiera podido decir un separatista cubano estaba evidente en la literatura periodística y política de los mismos españoles. Los archivos hablaron también, y el charco dorado de la colonización fué igualmente conocido por algunas emanaciones pútridas, como la publicación de las *Noticias secretas de América,* escritas en 1735 por los marinos españoles Jorge Juan y Antonio de Ulloa. No se inventa, ni se carga el color de la leyenda negra que ciertos reconquistadores tratan de hacer más clara y amable a los ingenuos y asequibles oyentes de estas Indias codiciadas.

Los diputados cubanos en las Cortes de 1822 y 1823 eran Varela, Leonardo Santos Suárez y Tomás Gener. Pudieron huir a los Estados Unidos, a donde les llegó la noticia de haber sido condenados a muerte, con el aditamento sustancioso de la confiscación de sus bienes, por haber votado la incapacidad temporal del rey y la necesidad de nombrar un consejo de regencia, en momentos en que el monarca se disponía a traicionar a la nación y trataba de entenderse con su primo francés el duque de Angulema, general de los invasores *cien mil hijos de San Luis.*

Para los cubanos fué un orgullo y una obligación el sostenimiento de sus diputados en los Estados Unidos, y hasta el refugio llegaron las suscripciones que les permitían vivir, confortados por la adhesión tangible y efectiva de sus paisanos. A poco iba cada uno con sus propias andaderas. Mas tarde, calmado el huracán, Santos Suárez y el ilustre y progresista catalán Tomás Gener pudieron volver a Cuba sin temores, mediante indulto. Varela mantuvo siempre firme su decisión de no retornar a la colonia miserable y explotada.

El sentimiento del deber cumplido, y apreciado por los electores, hizo tal vez del diputado separatista un revolucionario. El maestro que había enseñado a pensar a grupos numerosos de estudiantes luego esparcidos por las diferentes provincias, que además los había aleccionado para rechazar con fruto tanto las falsas ideas como las injusticias, fué de ese modo, también, un precursor de la independencia. Los cubanos llegaban a la rebeldía de manera escalonada y lógica. Salidos del letargo del coloniaje disfrutaron del colonialismo y no se resignaron ya a padecer otra vez el sistema que la política española reincorporaba a sus prácticas de Ultramar. Eso lo veía Varela con precisión en el ambiente cubano, tan conocido y amado por él. La convicción de que España, con sus problemas, sus conflictos y su incomprensión tradicional, no daría a Cuba lo que no se daba a sí misma, lo lanzó a la propaganda revolucionaria.

El historiador Herminio Portell Vilá, que ha estudiado en los propios documentos de los archivos las relaciones de la política norteamericana con España y Cuba, traza el cuadro de la vida pública en los Estados Unidos, y menciona las realidades circundantes, cuando llegó Varela como emigrado y perseguido de las autoridades españolas. Presidía Monroe y era Secretario de Estado John Quincy Adams, el que había concretado en la famosa Doctrina los propósitos tan largamente defendidos, en formas diversas, por los gobernantes de aquella nación. Influencias interiores y exteriores determinaban una tendencia francamente anexionista, frente a la que se agitaba en los pueblos latinos del Sur. Quince días antes de la llegada de Varela proclamó Adams la Doctrina de Monroe, en la fecha memorable del 2 de diciembre de 1823.

Allí, enterado el fugitivo de las actividades de compatriotas

suyos, y de sus planes, y también de los propósitos declarados por Bolívar, y conocedor de la importancia geográfica, estratégica y política de Cuba, empezó la publicación de *El Habanero* en Filadelfía el año 1824. Su criterio estaba formado con caracteres definidos. En carta al diplomático Poinsett dijo pocos meses más tarde:

España, amigo mío, es un cadáver, y no puede dar de sí más que corrupción y principios de muerte. Nada hay que esperar. (*Sobre el ideario político del padre Varela,* H. Portell Vilá, en la *Revista Cubana,* 1935, t. I. p. 256).)

Así lo expresó además en los artículos de *El Habanero* dedicados a Cuba, trabajos que si revelan un sentido neto de las circunstancias reales, también prueban un exacto conocimiento de cuanto hacían y pensaban los gobernantes y directores de América en relación con nuestra isla. Varela era hombre bien enterado de las intrigas, gestiones y actividades que en torno a Cuba tramaban las cancillerías. La publicación de documentos y de archivos va aclarando las sombras que había sobre muchos de aquellos años de la vida americana. *El Habanero* permite inferir los contactos de Varela con diplomáticos y políticos de algunos de los Estados que demostraban interés por Cuba. Por eso todo es lógico en el periódico que hizo la primera campaña sistemática por nuestra independencia. Nunca hasta esos días se reclamó la revolución desde dentro, para conseguir la libertad sin la intervención de otros poderes. Por tierras de Bolívar marchaban de campamento en campamento unos cuantos patricios que tomaban la representación de Cuba, con la pretensión de obtener la mirada y la decisión favorables de aquel gran guerrero. En distintos lugares conspiraban con el mismo fin otros hombres de energía y de talento. Varela estaba al tanto de esos trabajos y participó de las esperanzas e inquietudes de los cubanos, para al fin no confiar en ayudas externas y pedir la acometida de sus paisanos.

El Habanero fué un periódico pequeño, parecido a algunos que en Londres hacían los emigrados españoles. Llegaba a Cuba en sobres cerrados y sin indicación de procedencia. Los antiguos alumnos, los conjurados, lo recibían y luego lo circulaban hasta manuscrito. Por eso algunas colecciones tienen números enteros copiados. No hay aquí, y tengo la seguridad de que tampoco en parte alguna, una sola colección completa.

La publicación de *El Habanero* fué como un toque a degüello en el silencio obligado de la colonia vuelta al despotismo. Era Capitán General Francisco Dionisio Vives, frío y astuto servidor de la monarquía del coloniaje, gobernante que se encargó con deleite de restablecer las antiguas instituciones, cuando estuvo derogada la Constitución y se encontraban en el exilio o en la tumba sus partidarios. De todos los periódicos que aparecían en La Habana durante la época constitucional sólo quedó el *Diario de anuncios oficiales*. La milicia, revoltosa antes, era con él sumisa y leal. El espionaje producía a cientos las delaciones y llenaba las cárceles. Vives fué el primero que mandó en Cuba con poderes extraordinarios concedidos por el rey en una real orden que declaraba, a toda la Isla en paz, "plaza sitiada". Tuvo a su disposición la Comisión Militar Ejecutiva y Permanente, que sirvió para encarcelar sospechosos, para hacerlos fusilar o agarrotar, para confiscarles sus bienes—que en pocas ocasiones volvían íntegros a sus herederos y que casi siempre quedaban liquidados para pagar costas—, para expulsar a los conspiradores y a los posibles infidentes, para llenar con ellos las prisiones de España y los presidios de Africa. Manejó el dinero de la Colonia libremente, y lo utilizó en hacer fracasar en el extranjero las tentativas libertadoras de los cubanos. Con toda posibilidad influyó en Wáshington contra el Congreso de Panamá, pues había sido Ministro de España ante aquel gobierno y sabía sin duda por dónde se llegaba a la intimidad decisiva de sus hombres. La Legación de España en los Estados Unidos era pagada con el presupuesto cubano, y en cambio de ese honor tenían "nuestros" capitanes generales el derecho de comunicarse directamente con los diplomáticos españoles residentes allí y de darles instrucciones sobre los asuntos de Cuba, y ellos el deber de mantenerlos informados. No necesitaba más el corrompido y corruptor Vives para comprar y sobornar funcionarios de pocos escrúpulos, para filtrar oro en las camarillas y frustrar a tiempo los planes de nuestros inexpertos revolucionarios. Hay en el Archivo Nacional de Cuba ciertos papeles que prueban relaciones de Vives con personas de los Estados Unidos, y su correspondencia minuciosa y asidua con los agentes consulares y diplomáticos. También constan menciones repetidas de *El Habanero* en esas comunicaciones oficiales.

La nombradía intelectual de Varela y su influencia en toda

la sociedad cubana dieron a su periódico un justificado valor. En las aduanas y en el correo se registraban bien los equipajes, bultos y paquetes para impedir la entrada de los folletos de *El Habanero*, que tanto preocupaban a los mandones del coloniaje.

Varela tuvo entrevistas con personajes de los Estados Unidos, procuró inclinarlos hacia la cooperación en los planes para hacer la independencia de Cuba. Encontró los obstáculos más numerosos. Ya ha probado Portell Vilá en su *Historia* que aquellos hombres pensaban únicamente en la anexión, a la cual Varela no podía ser adicto. En seguida trató de estimular los naturales deseos de mexicanos y colombianos, para quienes representaría siempre un peligro la presencia de España en las Antillas mientras Fernando VII no los reconociera como libres. Pero también la rivalidad entre Colombia y México y las maquinaciones de Wáshington, Londres y París hicieron diferir y suspender todos los proyectos. Sólo la anexión podía satisfacer a los Estados Unidos, y no hay duda de que fué imposible nuestra independencia entonces por la infatigable actividad de la diplomacia de esta última nación.

Varela publicó siete números de *El Habanero*, desde 1824 a 1826. Del séptimo es conocido sólo el sumario por haberlo dado José Ignacio Rodríguez en la biografía del revolucionario. Pero lo que tenemos es bastante para afirmar que fué un gran periodista de combate, el primero de los cubanos que escribió artículos polémicos y también el primero que sostuvo una campaña separatista durante largo tiempo. La argumentación de Varela fué sólida, incontrovertible y eficaz. Alguien trató en Cuba de refutarle, y él le salió al paso con su lógica contundente. Maestro de periodistas, de escritores públicos, Varela tiene en eso también la categoría de precursor.

Máscaras políticas es el primer artículo de *El Habanero*. Tanto en ése como en otros que le siguieron, tendrían mucho que aprender nuestros costumbristas para cumplir su función de educadores sociales. Varela hace una presentación real, verídica, de los farsantes que con la máscara del *patriotismo* y de la *religión* viven, medran, triunfan y escandalizan, a quienes los conocen bien, con su encumbramiento increible:

Los que otra vez he llamado *traficantes de patriotismo* tienen

tanta práctica en expender su mercancía, que por más defectuosa que sea, consiguen su venta con gran ganancia, porque siempre hay compradores incautos.

Dice luego que la venta se hace siempre por empleo o dinero, o popularidad, que también da dinero. Habla del modo de conocer a esos patriotas:

Se observa un hombre que siempre habla de patriotismo, y para quien nadie es patriota.

Si promete sin venir al caso derramar su sangre por la Patria ...*enmascarado* tenemos.

Llama *enmascarados circulantes* a los que se inscriben en esta o en aquella sociedad que tiene influencia, para medrar; a los que van de partido en partido, en procura del sol que más calienta. El sistema ha continuado, como sabemos, y ya es proverbial el ingreso de personas sin solvencia económica en círculos llamados aristocráticos para saludar allí *de tú por tú* a los gobernantes, organizarles banquetes y servirles de escabel.

La condición primera de los enmascarados es la *queja*. "Saben que el *sistema de conseguir es llorar*".

Bien lo aprendieron después nuestros políticos. ¡Cuántos cargos públicos de representantes, senadores, secretarios o ministros han salido de un *llorao* a tiempo! El figurón de turno se ha conmovido ante las lágrimas verdaderas o forzadas, y como todo era igual y el tipo no lo habría de hacer mejor o peor que los otros de su pandilla, se ha llevado bonitamente el puesto.

Los *enmascarados*, según Varela, hablan en todo momento de lo que han sacrificado por ser patriota, porque de no serlo estarían ricos sirviendo a quien quiso comprarlos. Aquí el periodista hace esta declaración:

La Patria a nadie debe. Todos sus hijos le deben sus servicios.

Cree que si el patriota muestra sus méritos es sólo para probar que ha cumplido su deber, y que el *enmascarado* lo hace para reclamar su paga.

El *enmascarado* arriesga algo, desde luego, y hasta se distingue por algunas acciones, pero es que emprende una "especulación política".

Nada hay en ellos de verdadero patriotismo; si el enemigo de la Patria les paga mejor, le servirán gustosos, y si pueden recibirán de ambas partes.

Varela llega a esta conclusión:

Yo jamás he creído en el patriotismo de ningún pícaro. Por más que se diga que la vida pública es una cosa y la privada es otra, prueba la experiencia que ésas son teorías...

Los que son deshonestos en lo personal, en los negocios particulares, no son dignos para él de encargarse de los manejos públicos:

Debe tenerse presente que los pícaros son los que más pretenden pasar por patriotas...

...desgraciada toda sociedad, grande o pequeña, donde tienen influjo y aprecio hombres inmorales.

Hablan, escriben, intrigan,...todo lo agitan... Si se les persigue, está en ellos perseguido el patriotismo; si se les castiga, son víctimas del amor patrio...

Hay entre los *enmascarados* una clase especial, que es la de los *tranquilizadores*. Esos tienen

...la particular gracia de producir males y curarlos. Todo lo componen y tranquilizan, porque no hacen más que dejar de descomponer y atizar...

Otros *tranquilizadores* "más hábiles" creen o abultan los conflictos, y después se presentan como salvadores.

Varela también pinta los *enmascarados* religiosos, los que finjen defender la religión que no observan en lo íntimo, se dan el aire de mártires de la fe, y todos saben que la explotan para su lucro personal. Termina el artículo con estas palabras:

Siempre abundan estos enmascarados, porque siempre hay hombres infames, para quienes las voces patrias y virtud nada significan, pero en los cambios políticos es cuando más se presentan, porque entonces hay más proporción para sus especulaciones. Nada hay más fácil que conocerlos, si se tiene alguna práctica en observar a los hombres. Esta es la que yo recomiendo a la juventud para quien principalmente escribo.

Cambia colores denomina Varela a otra sub especie de la fauna política. Se refiere a los que

...van mudando de opinión según advierten que se mudan las cosas, y procuran ostentar que nunca pensaron como todo el mundo sabe que han pensado, o que por lo menos nunca se sabe como piensan, pues no consta cuándo finjen.

Como Varela estuvo en España durante la época constitucional, pudo estudiar a esos *cambia colores* a plenitud:

Era una diversión, y una rabia, ver algunos de estos lagartos en la plaza de San Antonio de Cádiz. Según se iban estrechando las distancias, variaban de lenguaje, y hombres que antes eran exaltados furiosos, iban apareciendo más que moderados, al día siguiente un si es no es serviles, hasta que en los últimos momentos ya eran como los lacayos de Palacio.

Fueron los que gritaban:

...*en el tiempo de las llamadas Cortes, en el llamado sistema constitucional, en el desgraciado tiempo de anarquía*, etc., etc., Y antes decían *¡en el tiempo del despotismo, en la cruel época de la esclavitud y tiranía!*

¿Verdad que esos personajes han tenido larga descendencia en todos los países?

*

El artículo *Consideraciones sobre el estado actual de la Isla de Cuba* es el primero dedicado a la campaña separatista. En cuanto a la riqueza artificial de Cuba dice que "debe ir decayendo hasta desaparecer" a causa del aislamiento en que se hallaba, por la guerra de independencia de los pueblos latinoamericanos y por las actividades de los piratas y corsarios.

Hay en el primer párrafo una observación de sociólogo. Se refiere a la costumbre de la vida cómoda, que ya no sería posible, lo que para la idiosincrasia de los abuelos habría de ser catastrófico.

...quedarán en pie todas las preocupaciones y cstumbres hijas de la abundancia sin existir los medios de llevarlas adelante.

Señoritos de casas particulares, esclavistas, hacendados presuntuosos convertidos en pordioseros por su propia imprevisión.

Es pues evidente que la riqueza de la Isla debe retrogradar a pasos gigantescos, y que con la *santa apatía* la muerte sería por consunción, si no hubiera quien la abreviase.

Conocedor del ambiente cubano, sabía que los poseedores de la agricultura y del comercio no se inquietarían hasta que no sintieran en sus negocios los efectos de las agitaciones públicas.

Sólo el ataque de las bolsas puede alterar el orden político de la Isla...

Tenía como inminente—y así estaba resuelto—que al terminar la guerra de independencia continental sería inevitable la invasión de Cuba por los colombianos y mexicanos para expulsar del todo a España. Hizo allí la aseveración de que

...no basta que un pueblo quiera estar quieto si otros más fuertes se empeñan en que no lo esté..

Esa verdad es terrible evidencia en nuestros días.

También declaró esto, que tiene mucho valor:

Es preciso no equivocarse. En la isla de Cuba, no hay amor a España, ni a Colombia ni a México, ni a nadie más que a las cajas de azúcar y a los sacos de café.

Pasan al través de todo un siglo los dueños de dotaciones de esclavos, cubanos o extranjeros, que se unen al dominador para evitar la independencia y con ella la abolición de la esclavitud y la destrucción de sus contrabandos y de sus especulaciones. Pasan hacendados de la República, avestruces enemigos de la prosperidad general y sólo adictos al negocio de las toneladas de azúcar y a quien les garantizara los mejores precios, ya fuera cubano o extranjero o adversario.

*

Conspiraciones en la isla de Cuba fué el siguiente artículo de ese primer número. Está dedicado a las conspiraciones que fueron descubiertas durante el mando de Vives, ramificaciones de la actividad americana.

Dijo Varela que la conspiración de los Soles de Bolívar fué tan vasta que para prevenirla "sería menester convertir las ciudades en cárceles".

Se refirió al estado de zozobra creado por las delaciones.

La confianza que había en aquel país para hablar cada uno con libertad lo que quería en su casa o en la de sus amigos falta enteramente, y el Gobierno debe temer mucho que un pueblo,

privado por un espionaje de la *libertad de hecho* de que siempre ha gozado, y que ha sido el mayor vínculo de su unión a la Península, busque en sí mismo (que es donde únicamente existe) su felicidad, o por lo menos la remoción de su tormento.

De ese artículo tomo esta frase, que los gobernantes debieran rumiar con frecuencia:

Cada prisión vale por mil proclamas...

Para Varela el mejor indicio de pujanza en una conspiración es que provoque detenciones en gran número, porque

Una conspiración sorprendida es un ejército dispersado que sólo necesita reunirse y aumentarse para volver a la batalla.

Señaló al final la verdad de que no se

...necesita más conspiración, ... si a esto se agrega el furor que inspiran las persecuciones en un país donde nunca las ha habido.

Remata el número con una nota sobre *Sociedades secretas en la isla de Cuba.* Religioso de profunda convicción, Varela no creía en la eficacia de las sociedades secretas, en las cuales veía tenebrosos cónclaves de revoltosos y de impíos. Tuvo la experiencia de Madrid y de Cádiz, y aprendió a sospechar de la honradez de aquellos masones *cambia colores* y *enmascarados* políticos, que no eran así por ser masones precisamente. Pero, en general, no fueron como ellos los masones de Cuba y de la América, quienes trabajaron con fe y con heroísmo por las libertades públicas. Era cierto que en tiempos de Vives las sociedades secretas no rendían toda su labor, impedidas por el espionaje, y por eso dijo con razón que no se podía confiar de su "secreto a voces".

Creyó inconvenientes a tales sociedades porque dividían a los habitantes de Cuba en dos bandos: nativos y europeos. Y como pensaba que todos debían unirse para hacer la independencia y evitar la ruina con el coloniaje o el desastre de una anexión, se inquietaba ante las posibles divergencias. Miraba hacia la familia cubana en que había siempre europeos, principalmente españoles, y no hallaba dificultad en la fusión de intereses políticos, ya que los intereses económicos estaban tan ligados.

Ese fué acaso el único punto vulnerable de sus prédicas. Los

voluntarios y los guerrilleros que ayudaron después al integrismo pertenecieron a esa parte europea de la familia cubana que defendió Varela.

*

El segundo número empieza por tratar sobre la *Tranquilidad en la isla de Cuba.* Allí expresó la idea de que ante los hechos y las necesidades no se puede hablar de derechos cuando éstos impiden la obra de la previsión que salvaría a las sociedades.

No existía tranquilidad en Cuba. En primer lugar, convenía a Vives que no la hubiera. El Capitán General tenía en su residencia oficial una casa de juego y una valla de gallos. Recibía fuertes sumas del contrabando negrero, y de todos los demás contrabandos. Fomentaba el vicio entre los habitantes, y con especialidad entre los criollos, quienes podían ser gobernados—según él—con las tres *b*: baile, baraja y botella. O lo que es lo mismo: diversiones, juego y bebidas. Los contrabandistas se entendían con los piratas y tal vez hasta con los corsarios, y daban su participación a Vives, hombre que John Quincy Adams estimaba como uno de los más rectos y honorables que había tenido la fortuna de conocer.

Las piraterías alteraban la paz exterior de Cuba, y por ello decía Varela que "no basta que un pueblo quiera estarse quieto,... si otros más fuertes se empeñan en que no lo esté". Tal intranquilidad anunciaba la posible y esperada invasión de la Isla por los latinoamericanos. Con España ocupada por los franceses y en revolución declarada, no podía tener Vives a su disposición las tropas necesarias para resistir, aunque llegaran las de La Coruña. Varela adujo algo que es una verdad y que precticaron primero los ingleses y luego los separatistas:

...¿quién ignora que la isla de Cuba se toma en el mar?

Y también esto:

Quiera o no Fernando, sea cual fuere la opinión de sus vasallos en la isla de Cuba, la revolución de aquel país es inevitable. La diferencia sólo estará en el tiempo y en el modo...

El resto del artículo es de advertencia a los *tranquilistas*, para hacerles saber que

...si la revolución no se forma por los de casa, se formará inevitablemente por los de fuera, y que el primer caso es mucho más ventajoso.

Hasta ahora el pecado político casi universal en aquella isla ha sido el de la indiferencia: todos han creído que con pensar en sus intereses y familia han hecho cuanto deben, sin acordarse de que estos mismos objetos de su aprecio siguen la suerte de la Patria, que será lamentable sino toman parte en ella los hombres que pueden mejorarla, y aun hacerla feliz.

También dijo que

Una revolución inevitable, prevista y no preparada, es a la vez la ruina y la ignominia de un pueblo.

Con respecto a los seguros invasores dijo estas palabras proféticas:

Si por desgracia se diere lugar a la invasión de tropas colombianas, o mexicanas, es menester unirse a ellas; no tomar la defensa de un gobierno que sólo pide sacrificios inútiles; cambiar el orden de cosas y despedir prontamente los huéspedes con las indemnizaciones que fueren justas y con las pruebas de la más sincera amistad y gratitud.

*

En el artículo *Estado eclesiástico en la isla de Cuba* quiso evitar la impolítica agresión al clero, con el fin de no enemistarse a quienes tanto influían en los habitantes.

Las *Bombas habaneras* consistían en las *bolas* de hoy: noticiones contrarios a los separatistas, que eran circulados por el espionaje de Vives para desconcertar a los conspiradores. Se hacía saber que toda la América había recibido con júbilo la caída del régimen constitucional en España, que ya nadie pensaba en invadir ni en alterar el orden, que la Santa Alianza enviaba una formidable expedición de rusos, franceses, españoles e italianos para reconquistar las colonias, que Bolívar estaba ya casi derrotado por Canterac y su gran ejército, cuando lo cierto fué que a poco sucedió lo contrario, y muchas cosas más, merecedoras de esta reflexión: "¿No conocen que la ficción de un bien es el mayor de los males?".

*

En *Amor de los americanos a la independencia*, acaso uno de los más importantes de *El Habanero*, desarrolla Varela toda su teoría de revolucionario americano. Sería labor interminable copiar cuantos conceptos interesan al hombre de hoy. Aún el artículo

entero sugeriría comentarios de una amplitud superior a este ensayo. Imagino que bastarán por ahora algunas ideas y unos pocos fragmentos.

Se adelantó Varela a las argumentaciones de los turiferarios de la conquista y la colonización, y dijo que nada de eso tenemos que recordar ahora.

La conducta actual de muchos de los europeos es la verdadera causa del odio lamentable que se ha excitado entre los de uno y otro hemisferio.

Los americanos nacen con el amor a la independencia.

A nadie se oculta todo lo que puede ser la América, y lo poco que sería mientras la dominase una potencia europea, y principalmente España.

Unas regiones inmensas, ricas, ilustradas, y fuertes por su sola situación geográfica, dependientes de un país europeo que en su comparación es un palmo de tierra, pobre, ignorante, al contacto de naciones fuertes, sin el dominio de los mares ni esperanza de tenerlo; esta dependencia, digo, sería un fenómeno político el más extraordinario, y que sin duda no debía esperarse.

Ellos pretenden protejerla, pero dominándola; enriquecerla pero chupándole cuanto produzca; ilustrarla, pero privándola de todos los medios del saber. No está, dicen, en estado de ser libre ¡Ah! Ni lo estaría, crueles, mientras fuese vuestra...

Las hojas del proceso criminal de España están tendidas por las inmensas regiones de este hemisferio, y tienen por juez al género humano. Ved, dicen los americanos al resto de los hombres, ved cuál existen los más hermosos países del Globo, después de una dominación de más de trescientos años; ved la opulencia de nuestros vecinos obtenida con menores medios y en menor tiempo, por la influencia de un gobierno libre; ved la obstinación de España en su errónea y cruel conducta, y no pregunteis su crimen, ni los motivos de nuestra separación.

Al americano le dijo así:

...vive libre e independiente, y prepara un asilo a los libres de todos los países; ellos son tus hermanos.

Para los carloquintistas y reconquistadores de todos los tiempos tuvo esta frase:

...en medio de estos disturbios, ¿se ha notado un solo momento en que los americanos quisiesen volver al yugo de España?

En cuanto a la calificación de *insurgentes*, que se dió a los americanos y a los cubanos con implicación despectiva, la definió así:

...expresión que sólo significa *hombre amante de su patria y enemigo de sus opresores.*

*

El tercer número de *El Habanero* se inicia con un *Paralelo entre la revolución que debe formarse en la isla de Cuba por sus mismos habitantes, y la que se formará por la invasión de tropas extranjeras.* Este artículo es otro servicio prestado por Varela a las ideas revolucionarias en Cuba y que con toda seguridad estudiaron y tuvieron en cuenta los hombres que vinieron después. Por conocer esa gran verdad se pedía la independencia obtenida únicamente por los cubanos. Así habló aquel vidente:

Los enormes gastos y lo que es más: el sacrificio de hombres que necesariamente ha de hacer la nación invasora, necesitan una recompensa, y una recompensa que la necesidad y la gratitud llevarán mucho más allá de los límites de la obligación.

El pueblo de Cuba, en caso de ser independiente, debe constituirse. ¿Y lo hará mientras pise el territorio un corto número de soldados a quienes se dará el nombre de ejército extranjero? La Constitución se dirá que es hija de la fuerza, que está formada bajo el influjo extranjero. Perderá todo el prestigio que debe tener una ley fundamental, y mucho más deberá perderlo si por desgracia se resiente algo del contacto de una nación que si en general conviene en intereses con la isla de Cuba, tiene otros muy diferentes y marcados en que no podemos convenir.

En este artículo, escrito acaso el año 1825, dió Varela la tónica contraria a toda anexión. Yo recomiendo su lectura para convencer a los que puedan dudar aún. De este modo lo terminó:

...todas las ventajas económicas y políticas están en favor de la revolución hecha exclusivamente por los de casa, y hacen que deba preferirse a la que pueda practicarse por el auxilio extranjero.

*

La *Política francesa con relación a América* mereció de Varela mucha atención, porque en el gobierno de ese país veía al ejecutor de la Santa Alianza. Quedaron al descubierto las intrigas de aquellos gobernantes y reconquistadores sin otras consecuencias que agitaciones parciales.

*

En el *Diálogo que han tenido en esta ciudad un español partidario de la independencia de la isla de Cuba, y un paisano suyo anti independiente* encontraron los separatistas abundantes razones para la propaganda. Discuten dos españoles y el partidario de la independencia de Cuba dice que está unido a los naturales del país y cree que ellos no son los revolucionarios sino los que se oponen a sus deseos de libertad, porque "un pueblo entero jamás es revolucionario. Lo son sus opresores".

Veo en ese *Diálogo* un atisbo de lo que sin duda pensaba Varela sobre la España de Bartolomé de las Casas y la de Ginés de Sepúlveda y Carlos V:

..las repúblicas del continente americano son la España libre, que para serlo ha sacudido el yugo de un amo, y ha jurado no sufrirlo jamás.

Hay mucho más aún:

¿Quién le ha dicho a usted que han de ser amos de este suelo los españoles que se quedaron allá, y no los que vinieron a poblarlo y cultivarlo? Los hijos de éstos tienen en realidad todos los derechos de los españoles, que finjen tener los españoles europeos, y además, lo únicos legítimos que son los de naturaleza en un país, y propiedades radicadas en él, derechos de que sólo puede despojarlos la tiranía.

...los americanos estarían con los europeos en perfecta armonía si no hubiera entre nuestros paisanos algunos necios y otros perversos que encienden el fuego bajo pretexto de sostener allá derechos ridículos.

El artículo más largo de *El Habanero* es el titulado *Reflexiones sobre la situación de España.* La diputación de Cuba en las Cortes dió a Varela una seguridad definitiva en el conocimiento de la vida pública española y una experiencia acerca de lo que se podía esperar acá de ella, que le hicieron volver de Europa abiertamente separatista y revolucionario. Está reflejado aquí todo el panorama de la política peninsular, con los generales españoles, que habían finjido ser constitucionales "y al fin fueron... lo que siempre habían sido"; con la certeza de que no se equivocó el periódico francés que calificaba a España como un cadáver unido a un ser viviente; y con la seguridad también de que a pesar de eso

...jamás se conseguirá de los españoles que dejen de creer que son amos de la mitad del Nuevo Mundo, aunque manden en él tanto como en la luna.

*

Las *Instrucciones dadas por el Gabinete francés a Mr. Chasseriau, enviado a Colombia* descubre lo que tramaban las cancillerías de la Santa Alianza contra los Estados de América. Llevaba el señor Chasseriau poderes y recursos para todo, menos para negociar con los colombianos a cambio del reconocimiento de su independencia. Ocurría en 1825, después de Ayacucho.

*

El *Suplemento al número tercero de "El Habanero"* es una ojeada a los acontecimientos últimos y una viril reacción contra el intento de asesinar a Varela, organizado en La Habana mediante suscripción entre los integristas, para quitar la vida al que *había cometido el crimen de decir la verdad.*

*

El cuarto número habla de la *Persecución de este papel en la isla de Cuba* y de los esfuerzos que hizo Vives para que le facilitaran recursos con que hacer frente a la situación difícil que lo amenazaba. La invasión de mexicanos y colombianos estaba ya decidida. El invencible llanero Páez preparaba sus ejércitos para liberar las Antillas y demoler los últimos reductos del imperio de Carlos V. Pero desde España no mandaban tropas ni armas si los interesados en Cuba no recaudaban y remitían con las solicitudes los dineros necesarios para los batallones. Tales eran la penuria y la indiferencia metropolitanas.

*

Acerca de la *Comisión Militar en La Habana,* Varela se dirijió a los constitucionales y *criollitos* de Cuba para advertirles que ya no podían negar que tenían un amo. Se refirió a la adaptación y vinculación de los militares a nuestro suelo, resultado que sin éxito trataron de impedir algunos gobernantes de allá y de aquí.

*

Hasta los Estados Unidos llegó el *run-run* de que los *tranqui-*

listas de Cuba se proponían allegar medios para armar buques que fueran a las costas de Colombia con el fin de desbaratar la expedición. El humorismo de Varela corrió fácil por estas páginas.

La *Carta del editor de este papel a un amigo* es otro documento en que Varela expone teorías e ideas revolucionarias que han sido las rectoras de los cubanos separatistas durante el siglo pasado:

Cuando la Patria peligra y la indolencia sensible de unos, y la execrable perfidia de otros hace que el pueblo duerma, y vaya aproximándose a pasos gigantescos a un precipicio, ¿es imprudencia levantar la voz, y advertir el peligro? Esa podrá ser la prudencia de los débiles. Mi corazón la desconoce.

¡Conceda Dios a mis *prudentes* acusadores que en los momentos de la revolución reinen los principios que ha procurado establecer *El Habanero*.

En este negocio no debe haber nada personal: los que mandan ahora no son más que unos ministros del gobierno reconocido. Si éste se variase, las personas mudarían de carácter político, pero nada deben sufrir, y aún debe hacerse justicia a su mérito y circunstancias, a menos que su conducta posterior sea contraria al bien de la Patria.

...ponderarme los peligros de una revolución. ... El mal es gravísimo, y el remedio es arriesgado. Pero es de aquellos que no pueden dejar de aplicarse, y que son tanto más ineficaces cuanto más tarde se haga su aplicación.

*

¿Necesita la isla de Cuba unirse a alguno de los gobiernos del continente americano para emanciparse de España?

Contesta Varela esa pregunta con una negativa en todos los órdenes, razonada y explícita. Tienen mucho que aprender nuestros derrotistas en ese artículo del gran cubano. En los tiempos en que aún no se delineaba una determinada conducta hubo quien dijo:

...desearía ver a Cuba tan isla en lo político como lo es en naturaleza.

Habló también el estadista:

Formando parte de cualquiera de las naciones continentales deberá la isla de Cuba contribuir según las leyes del Estado a las

cargas generales y sin duda serán mucho más cuantiosas, aún en la parte que pueda tocarle, que las que tendría constituyéndose por sí sola; mejor dicho: pagará éstas, y a más, parte de aquéllas.

Se refirió a la conveniencia de emplear en Cuba sus rentas de aduanas e impuestos interiores, para la construcción de caminos, canales, puertos, marina mercante, escuelas y para estímulo de su agricultura.

"Por mi parte no percibo las ventajas de semejante unión". A esa conclusión llegó quien se mostraba dispuesto a aceptar los hechos que se consumaran, pero si a tal resultado contribuían los cubanos.

Afirmó Varela que *Hay unión en la isla de Cuba*, "más de la que quisieran los enemigos de la independencia". Conocía el filósofo los sentimientos de sus paisanos, porque además había sido el iniciador de muchas transformaciones ideológicas, y no podía engañarse sobre los estados de conciencia que había dejado al salir para la Península. Sin embargo, indicó el peligro en que estaba esa unión por la obra de quienes procuraron siempre, y no dejaron de hacerlo después, introducir la enemistad y la sospecha mutuas, dividir para dominar. Esos tales, no nativos generalmente, explotaron la vanidad, la desconfianza o el interés entre los cubanos con el fin de ocupar ellos sitio preferente, que durante el coloniaje fué de dominio y en los años de la República ha sido de explotación y de mando por carambola.

En las *Dos palabras a los enemigos de "El Habanero"*, que estimaban impropio en Varela proclamar la inminencia de una invasión de colombianos y mexicanos, por los peligros que ella traería, contestó en esta forma:

En sentido diametralmente contrario diré yo que nada hay que temer, siempre que se procure preparar los ánimos, no para una defensa quimérica, sino para un cambio pacífico, que ponga al pueblo en disposición de darse la ley a sí mismo, y no recibirla de *nadie*.

Fué constante Varela en el deseo de la auto-determinación de los cubanos, y también en el interés por la solución propia, sin esperar la inevitable intromisión de ajenos factores y de ambiciones que nada respetarían, como estaba seguro de que así habría de suceder.

La publicación de *El Habanero* motivó secuestros de equipajes, registros de correspondencia, además del intento de asesinato. Igualmente dió origen a una real orden de Fernando VII para prohibir la circulación del periódico en la Península e islas adyacentes. Varela aseguró que continuaría en su esfuerzo porque

El Habanero no está fundado en doctrinas particulares de su autor, sino en las admitidas por todo hombre que tenga sentido común.

*

En el artículo *Esperanzas frustradas* se refiere a las ilusiones de los *tranquilistas* sobre la posible ayuda de la Santa Alianza para mantener a Cuba sujeta, y también a las gestiones de Madrid ante el gobierno inglés con el fin de favorecer su política.

Mientras unos lloran, y otros rabian, Inglaterra los contempla con su fría e indiferente fiereza, no por amor a los americanos, pues esa palabra no significa nada en política inglesa, sino por interés propio, que es la única regla de los gabinetes.

Bien penetrado de la psicología predominante en la España del coloniaje, Varela refutó la creencia de que allí reconocerían a las nuevas naciones americanas para salvar a las Antillas:

La opinión de España es que en América cuatro alborotadores, prevalidos de la debilidad momentánea de la nación, han sorprendido al pueblo, contra sus leales y generosos sentimientos, pues quiere siempre ser español.

...yo jamás olvido que ... aún en el tiempo constitucional en que los hombres tenían más medios de desengañarse, una persona altamente caracterizada me decía que con cuatro o seis batallones *fieles* se concluía todo el negocio de México.

Por consiguiente, la esperanza española es, y será, que variadas las circunstancias podrán mandarse algunos ejércitos a América, y en un abrir y cerrar de ojos volverá a flamear el pabellón nacional en todas las antiguas colonias, y volverá el tiempo de la abundancia, aquel siglo de oro por los raudales de este metal que para España producía la América.

*

Las *Reflexiones sobre los motivos que suelen alegarse para no intentar un cambio político en la isla de Cuba* resuelven el problema de la oportunidad de la revolución entonces y de la inexperiencia

e incapacidad de los cubanos para el empeño de conquistar y sostener su independencia. Varela creía que en Cuba había hombres de talento, de prestigio y de dinero, suficientes para esos fines, por lo que la libertad no habría de ocasionar los peligros y trastornos anunciados por los agoreros *tranquilistas.*

*

El sexto número, anterior al Congreso de Panamá y seguramente a su convocatoria, termina con la noticia de rendición del castillo de San Juan de Ulúa a los mexicanos, suceso que según Varela acercaba la fecha de la invasión de Cuba.

*

El séptimo número trata de cuestiones muy importantes, pero las consultas hechas a casi todas las bibliotecas del mundo, y a numerosas hemerotecas, no han permitido hasta ahora encontrarlo ni reconstruir su texto. Tal vez la casualidad permita el hallazgo en alguna causa o en los archivos de alguna familia, que todavía no hayan sido investigados.

VI.

El diputado había embarcado hacia las Cortes como un "hijo de la libertad, un alma americana" que en calidad de tal no conocía el miedo, aunque receloso de que los tiranos quisieran *oprimir a España* y al *augusto Congreso.* Prevenido contra esas posibilidades, no pudo evitar sufrirlas al fin, ni volver a la América sin diputación y sin tranquilidad. Los absolutistas trataron de establecer allá un *nuevo orden,* para el sosegado bienestar de reyes y ministros.

Cultivador de la democracia, Varela obedecía sus leyes con austeridad y devoción. Inspirado en ellas se convenció de que el separatismo era el mejor remedio para las dolencias graves de las tierras de Colón, y principalmente de Cuba. La independencia de ésta la creía muy necesaria para asegurar la del continente.

Como revolucionario no parece haber sido uno de esos agitadores que organizan sociedades, pronuncian discursos y van de un lado a otro haciendo relaciones, buscando partidarios, gestionando la unión de intereses. Sin embargo, hay indicios de que trabajó con habilidad y que no era ajeno a ciertas actividades de otros

cubanos y americanos. Portell Vilá ha publicado cartas de Varela a Joel R. Poinsett, el diplomático amigo de Monroe y Adams, agente de la anexión, y estima que luego intervino en negociaciones con los colombianos y los mexicanos. Lo cierto es que estaba enterado y minuciosamente informado de cuanto ocurría en la América y que no desconocía la magnitud de los acontecimientos en perspectiva. Los planes y los posibles proyectos de gobernantes y hombres influyentes le eran comunicados de algún modo, tal vez porque esos personajes miraban en Varela a un seguro director de la revolución cubana o porque lo estimaban por su pasado y su talento. Pero los políticos no se inclinan sólo ante estas cualidades. Para ellos es preciso que concurran otras de ventaja, de interés.

En ciertos momentos la lectura de *El Habanero* induce a creer que su autor ejercía las funciones de un provocador. Lanzaba sus bombas de prueba, sus *ballons d'essai*, para comprobar en unos casos su efectos y para causar en otros el resultado que hasta entonces no se había producido.

Varela tuvo el don, que también era de Martí, de fijar con una frase incidental, o con un párrafo corto, un programa completo de gobierno, o la orientación más conveniente para los revolucionarios.

No es aventurado decir, con los datos ya expuestos, que si Varela fué el precursor, o el máximo animador, determinante o decisivo, de la transformación de la filosofía en Cuba, de la educación, de la física, de las ciencias por la aplicación del método para su estudio, lo fué en grado más eminente del civismo y de la revolución. La ideología revolucionaria cubana quedó plasmada por Varela, quien la esparció en forma que nadie dejara de comprenderla y muchos de trasmitirla.

Todos los postulados que luego enardecieron de ardor patriótico y de amor al sacrificio están formulados en *El Habanero*. Todas las aspiraciones cívicas se encuentran en las *Lecciones de filosofía*, en la *Miscelánea filosófica*, en las *Observaciones sobre la Constitución política de la monarquía española*, en las *Cartas a Elpidio*. Para conocimiento de sus paisanos de América tradujo el *Manual de práctica parlamentaria*, de Jefferson. Escribió en revistas y periódicos, siempre en su papel de guía, de maestro.

Los cubanos leyeron las obras de Varela, que circulaban entre

las emigraciones. En la Isla, algunos las copiaban y era leídas en la intimidad nunca delatada de las casas, según ocurría con los versos revolucionarios de Heredia. Todavía hay volúmenes con capítulos manuscritos, como el de *El Habanero* que se conserva en la Biblioteca Nacional. De mano en mano iban así las ideas, las proclamas, las noticias. Y los hombres que sostenían tal propaganda eran los viejos discípulos, los que en el Seminario de San Carlos recibieron ciencia y lección de conducta, los que al través de su vida regaron con la enseñanza el deseo de libertad, el anhelo de obtenerla y el propósito de la dignidad personal y pública para merecer la independencia-.

Los dos primeros tercios del siglo XIX cubano están llenos de algunos nombres que representan cultura, civismo, diferenciación entre criollos y peninsulares. Acaso no hay uno solo de esos nombres que no corresponda a un discípulo de Varela o que de modo indirecto no le fuera deudor de ideas e intenciones patrióticas. En él buscaron y encontraron, seguridad para sus convicciones, razones que aducir y temple para la espera y la lucha. La mayor influencia en el alma nacional la ejercieron Varela y Heredia, pero el filósofo fué más eficaz entre los directores del pensamiento. El poeta se grabó de igual modo en el sentimiento cubano. La rebeldía, el heroísmo, la decisión de combatir se formaron con la herencia espiritual de ambos.

Varela hizo en su misión de maestro la tarea de sembrador. Aleccionó, indicó los peligros, puso en las conciencias unas cuantas de las ideas fundamentales que luego formentaron hasta crecer en el ambiente de manera invisible pero innegable. Con ellas se forjó el largo y glorioso y legendario poema de la Revolución.

De Varela vino la Revolución, que ha sido la misma en nuestra historia con cada uno de los próceres, de los héroes, de los caudillos. No hay diferencia entre lo que propagó aquel grande y humilde sacerdote y lo que después apostolizó el de la grandeza humilde de Montecristi y Dos Ríos. A través de los años se encuentran en la cumbre de idénticas aspiraciones el precursor de 1824 y los que desde 1826 hasta 1898 se inmolaron o se arriesgaron por conquistar nuestra independencia.

Varela dijo que la separación de España era único destino de los cubanos.

Aseguró que nada se podía esperar de los gobiernos españoles, como no fuera tiranía, explotación y malos ejemplos.

Estaba convencido de que la independencia de Cuba era indispensable para la de los países americanos.

Creía que si los cubanos no se decidían a pelear para lograr la separación, se verían invadidos y tendrían entonces que pagar enorme precio de gratitud y de intereses por una ayuda que no era necesaria.

Afirmó que la decadencia española no resistiría una nueva guerra en el mundo americano.

Se declaró partidario de la independencia absoluta, y rehusó considerar todo intento de anexión, ya fuera a Colombia, a México o a los Estados Unidos.

Creyó posible la organización en Cuba de un gobierno republicano, liberal, honesto y digno.

No desechó la posibilidad de inteligencias económicas, propias de pueblos libres que pueden llegar a tener comunidad de intereses.

Tuvo como una obsesión, y lo predicó sin descanso, el evangelio de la justicia, de la bondad, del horror al crimen, de la tolerancia, del respeto a los fallos de la sociedad.

Enseñó como postulado inviolable que sobre la ley no está ni quien la hizo, después de promulgada.

Abominó de la esclavitud de los hombres, de cualquier modo que se presentara, y como institución social quiso destruirla.

Rechazó el derecho divino de los reyes, y la legitimidad de las conquistas. Por eso discutió a los peninsulares su alegada autoridad eterna sobre los españoles americanos.

Dió a sus discípulos y seguidores el concepto único del ciudadano, a quien atribuyó el derecho de nombrar y quitar a sus gobernantes y de darse el gobierno que le conviniere.

Negó que la naturaleza haya confiado a unos la función de mandar y a los demás la de obedecer, sin posible reforma de esa fatalidad.

Indicó las bases de la organización política de un pueblo bien gobernado.

Habló de que los congresos nacidos del mayor número de hombres serán siempre mejores que los de las oligarquías.

Aleccionó a sus compatriotas para que conocieran a los traficantes del patriotismo, a los enmascarados políticos, y se preservaran de ellos; y les demostró que el pícaro en la vida privada, y en los negocios particulares, también es pícaro y peligroso en los asuntos públicos.

Manifestó que a la Patria se la debe servir, sin servirse de ella.

Previno a los cubanos contra el defecto de la indiferencia, que es imprevisión y daño para todos.

Delimitó los campos entre unos y otros españoles, y supo hacer notar la verdad de la conquista y de la colonización de América, para que no se sacara a relucir la gloria y el parentesco.

Previó el porvenir del continente americano, como *asilo de los hombres libres de todo el mundo.*

Desengañó a los americanos sobre las ideas de los españoles de allá, quienes *nunca dejarán de creerse los amos.*

Consideró que la revolución inevitable debía ser hecha siempre.

Aconsejó el pago inmediato a los invasores que ayudaran a hacer la separación política, para quedar solos y libres los cubanos.

Profetizó los intentos de reconquista, siempre renovados y tenaces, de los antiguos dominadores.

Espantó con unas frases convincentes el fantasma de la incapacidad cubana.

Tal es, en síntesis, lo más relevante de la ideología de Varela, y tal ha sido después la que movió a los cubanos para pedir y reclamar con las armas su libertad política. Recibida por los conductores de la Nación, a quienes llegó por legítimos y honrados senderos, se hizo consubstancial entre los hombres de todas las rebeldías de Cuba, predominó en las distintas y adversas circunstancias, supervivió después de cada una de las caídas, de cada uno de los desfallecimientos, de cuantas treguas fueron inevitables hasta alcanzar al fin la realización de unos ideales que vinieron de tan lejos y se fijaron tan hondo al través de heterogéneas generaciones.

Con el estudio del apostolado de Varela se identifican todos los apostolados que dieron vida a la República. Así es como debemos ver a aquel hombre. El sentido de nuestra historia lo inicia él con grandeza, y por eso fué después grande y digno.



(1) Debida a la generosidad del incansable investigador doctor Francisco González del Valle—desdichadamente ya fallecido cuando se publica este trabajo—he podido aportar esta alocución de Varela a los habaneros.

INDICE

Pág.

HOJA DE FECHA DE DEVOLUCION

6366	2.3.66	12.3.90	03
12468	3.6.7	13.4.90	03
#3	11/1/01	18/1/01	Verd
13/0	4/09	02	
10/10/25	03		
ESCANEAR FEB/2014			(NUM)

Otras Publicaciones de la Oficina del Historiador de la Ciudad

Actas Capitulares del Ayuntamiento de La Habana, t. I, 1550-1565, con un prefacio y un estudio preliminar por **Emilio Roig de Leuchsenring,** 2 vol.

———, t. II, 1566-1574.

Historia de La Habana, por **Emilio Roig de Leuchsenring,** I, Desde sus primeros días hasta 1565.

La Habana. Apuntes históricos, por **Emilio Roig de Leuchsenring.**

Colección Histórica Cubana y Americana:

1: Curso de Introducción a la Historia de Cuba.
2: Hostos y Cuba.
3: **José María Heredia.**—Poesías Completas. (2 vols.)
4: Vida y Pensamiento de Martí. (2 vols.)

Las publicaciones de esta Oficina no se venden; se reparten gratuitamente por la Administración Municipal de La Habana a las personas que las solicitaren por escrito del Historiador de la Ciudad.

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA CIUDAD

SECCIONES

Archivo Histórico Municipal.

Libros de Actas Capitulares desde 1550.

Biblioteca Histórica Cubana y Americana.

200,000 volúmenes, propiedad de los miembros de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales.

Museo de la Ciudad de La Habana.

(ABIERTOS AL PUBLICO DE 8.30 A. M. A 12.30 P. M.)

Publicaciones:

Actas Capitulares del Ayuntamiento de La Habana.

Historia de La Habana.

Cuadernos de Historia Habanera.

Colección Histórica Cubana y Americana.

PALACIO MUNICIPAL

LA HABANA

CARDENAS Y CIA. - AVE. DE BELGICA 568 - HABANA